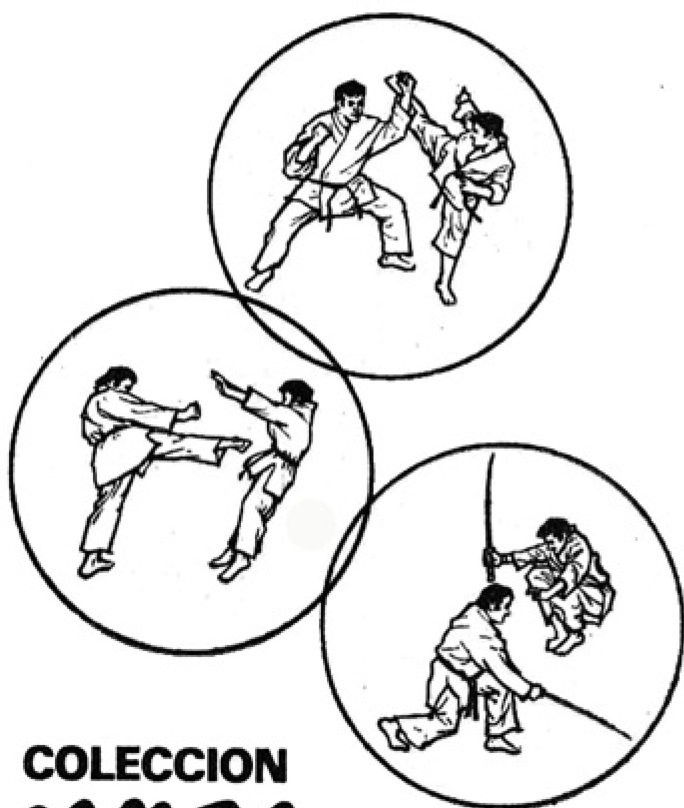


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA BELLA Y LA MUERTE



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA BELLA Y LA MUERTE

Colección ¡KIAI! n.° 44
Publicación semanal

¡KIAI!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

39 — Kung-Fu por una rubia - *Peter McCoy.*
40 — Funeral por un canalla - *Clark Carrados.*
41 — La escuela del maestro Shoji - *Lou Carrigan.*
42 — Las chicas ninja - *Ralph Barby.*
43 — Infierno de bambú - *Curtis Garland.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 29.961 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN,»

Concedidos derechos exclusivos a. favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La fiesta estaba en todo su apogeo. Los invitados reían y charlaban, mientras los sirvientes recorrían constantemente la amplísima terraza, portadores de bandejas que contenían copas llenadas apenas vacías. En uno de los costados había una larguísima mesa, en la que se veían toda clase de apetitosas viandas, el plato fuerte de las cuales eran dos enormes piernas de novillo asadas a fuego lento. Un cocinero estaba dispuesto constantemente, con un cuchillo afilado como una navaja de afeitar, para cortar lonchas de carne asada y servirlas a quien lo pidiera.

Algunos de los asistentes bailaban al ritmo de músicas lentas. Todavía no había llegado el momento de ritmos más rápidos... y más tardé llegarían los excesos: habría parejas que se perderían en las frondas del jardín circundante... y no faltarían los que acabarían tirándose vestidos a la piscina que se hallaba al otro lado de la terraza. Por el momento, pese a la alegría, y animación generales, el comedimiento y la mesura eran la tónica de la situación.

Entre los invitados, probablemente el de mayor prestigio, figuraba Dave Pickett, cuarentón, alto, sanguíneo, fornido y de rostro en el que se adivinaba energía y dureza. Pickett estaba charlando con el anfitrión, antiguo conocido suyo —pero no excesivamente amigo—, quien trataba de convencer a su huésped para que tomase parte como socio en un negocio que pensaba emprender.

La atención de Pickett, sin embargo, se hallaba muy alejada en aquellos instantes de los negocios. Casi desde que había llegado, el último de los invitados, por cierto, había estado contemplando a una de las más hermosas mujeres que asistían a la fiesta.

Era una joven, cuya edad no se podía definir con exactitud. A veces, parecía tener veinte años y en ocasiones aparentaba diez más. Pero, en todo caso, poseía una silueta escultural, realzada por el traje negro que vestía, largo hasta los pies y que más bien parecía una falda, debido a los dos trocitos de tela que constituían la parte delantera del vestido y que cubrían muy poco unos senos redondos y firmes. El pelo era negro, pero, debido a que la fiesta se celebraba por la noche, Pickett no había podido saber todavía de qué color eran los ojos de aquella bella mujer.

—¿Le gusta, Dave? —preguntó el anfitrión al darse cuenta de las continuas miradas que Pickett dirigía a la joven. El anfitrión sabía de las debilidades de Pickett, pero también sabía que era hombre de gustos refinados, al respecto.

—Es guapa de veras, Mark —contestó el interpelado—. ¿Quién es?

—Pues... no sabría decirle con exactitud. Dijo llamarse Annie Smith y eso es todo lo que sé.

—¿Siendo su invitada no sabe más? —se asombró Pickett. El anfitrión se echó a reír.

—A decir verdad, no conozco a la mitad de las gentes que han asistido a la fiesta. Muchos han venido acompañando a invitados... y lo mismo supongo que habrá hecho esa joven. La vi a poco de comenzar la fiesta, charlé un momento con ella, me presenté, ella dio su nombre..., pero no dijo con quién había venido. Y, a decir verdad, a mí me dio un poco de apuro preguntárselo. Pero si quiere más detalles... —añadió, obsequioso.

Pickett alzó una mano, en la que lucía un anillo con un brillante del tamaño de un garbanzo.

—Deje, Mark... yo me encargo de ese asunto —sonrió.

La joven se alejaba, en aquellos momentos, hacia uno de los rincones del jardín, con una copa en la mano. Parecía meditabunda, como si se sintiese preocupada por algo, pensó Pickett.

El anfitrión se alejó para charlar con un matrimonio invitado. Movido por un impulso irresistible, Pickett echó a andar detrás de la joven del pelo negro y silueta de diosa.

Ella había desaparecido al otro lado de un grupo de espesos arbustos. Pickett rodeó el macizo y se acercó a la joven, que permanecía de espaldas a él, contemplando en apariencia el cielo estrellado. En la oscuridad, no completa, porque llegaba un ligero resplandor de la terraza, su espalda parecía una mancha blanca.

Pickett carraspeó. «Si es por dinero, que no quede», pensó, relamiéndose, por anticipado, de su conquista. Era una combinación que juzgaba irresistible: un físico agradable, buena posición; algunas canas en las sienes... y dinero en abundancia. La joven caería, como habían caído tantas otras.

—¡Ejem...! Señorita...

Annie Smith no contestó, por el momento. A Pickett le pareció que estaba demasiado abstraída en sus pensamientos.

—Señorita Smith... —insistió.

Se había acercado tanto a ella, que casi rozaba sus omoplatos con las solapas de su chaqueta. De súbito, Annie Smith giró en redondo.

Pickett lanzó un horrible alarido.

El bellísimo rostro de la mujer se había transformado en una calavera, cuyos dientes descamados componían una macabra sonrisa. Casi en el mismo momento, sintió un agudísimo dolor en la región precordial.

—¿Te acuerdas de Stella Kayn? —preguntó la mujer.

Los ojos de Pickett voltearon agónicamente en sus órbitas. Instintivamente, se llevó las manos al pecho. ¿Qué era aquello que le había pinchado?

Las piernas perdieron su fuerza, repentinamente. En una fracción de segundo, Pickett recordó un episodio de su vida, acaecido diez años antes, y que ya creía sepultado por completo en el olvido.

Sus rodillas se doblaron. La risa de la calavera pareció acentuarse. De pronto, Pickett dejó de ver a la mujer.

Pero su grito había llegado muy lejos. Alarmados, el anfitrión y algunos de sus invitados llegaron corriendo hasta el lugar donde se había producido aquel espantoso sonido. Uno de ellos se cayó, al tropezar con el cuerpo caído en el suelo.

—¡Rayos! —juró.

El anfitrión se detuvo en seco. El hombre tendido sobre la hierba se agitaba débilmente.

—¡Es el señor Pickett...! —gritó—. ¡Traigan luces, pronto...!

Uno de los invitados sacó una tira de fósforos y encendió uno. La pequeña llama permitió ver la manchita roja que alteraba con estridente colorido el blanco de la camisa.

—¡Dave! —exclamó el anfitrión, a la vez que se arrodillaba junto al caído—. ¿Qué le ha pasado? ¿Quién le ha atacado?

La voz de Pickett era poco más que un susurro, pero, aun así, todos los que le rodeaban pudieron oír claramente su respuesta:

—Ha sido... la Muerte...

* * *

Después de apearse de su coche, George Washington Baxter, más conocido por Budd entre sus amistades, contempló con ojos críticos la lujosa mansión a la que acababa de llegar y cuya dueña le había hecho una llamada la víspera.

—No es posible —murmuró—. Debo de haberme equivocado...

Había conocido a Julia Hartman cinco años antes y sabía que era una vulgar buscona que trotaba por las calles para encontrar clientes a los que complacer, mediante el pago de unos pocos dólares. Más tarde, había dejado de verla y sólo el día anterior sabía que se había casado y que ahora utilizaba el apellido de su esposo, en lugar de Jones, que era el suyo de soltera.

Antes de que pudiera llamar, se abrió la puerta. Un individuo,

correctamente vestido con traje oscuro, de rostro de palo, le hizo una cortés reverencia.

—El señor Baxter, supongo —dijo.

—Sí, yo mismo... —contestó el desconcertado visitante.

—La señora le aguarda en la piscina, señor —dijo el mayordomo —. Para llegar hasta ella, sólo tiene que atravesar la casa. Con el permiso del señor, la señora ha concedido hoy el día libre a toda la servidumbre. ¡Buenos días, señor!

El mayordomo abandonó la casa, antes de que el boquiabierto Baxter pudiera añadir una sola palabra. Al cabo de unos segundos, Baxter reaccionó, entró, atravesó el lujoso vestíbulo, un salón que parecía el de un palacio de fábula y llegó a una espléndida terraza, junto a la que había una piscina que parecía un lago tropical.

Aquello costaba mucho dinero, se dijo. Uno de los bordes de la piscina era una ficticia cascada, de varios metros de anchura, por la que fluía el agua constantemente. Las plantas y arbustos de todas clases convertían aquel espacio en un lugar de ensueño.

De pronto, vio asomar un brazo desnudo fuera del agua.

—¡Eh, Budd! ¡Vamos, quítate la ropa y ven a nadar conmigo! —gritó la dueña de la casa.

Paso a paso, Baxter se acercó al borde de la piscina. Bajo las aguas transparentes se veía una larga mancha blanca que se movía con perezosa lentitud. Fuera del agua vio un rostro de agradable aspecto y una larga cabellera de color castaño claro. Los ojos de Julia eran maliciosos, lo mismo que la sonrisa de sus labios.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella, como desafiándole.

—Lo que tengo es asombro —contestó Baxter—. ¿Dónde encontraste la botella que contenía al genio?

Julia se echó a reír.

—No era botella, sino un farol —respondió—. Pasó por allí, me vio, fuimos a mi casa, estuvimos juntos unas horas... y perdió su soledad.

—Sin duda, te refieres al señor Hartman.

—Exactamente, Budd.

—¿Qué dirá, si me ve bañándome desnudo contigo?

—No puede decir nada. Está muerto.

—¡Oh, lo siento...!

—Es la vida, Budd. Anda, ven; el agua está muy buena.

Baxter sonrió. Julia parecía una sirena, cuya llamada resultaba irresistible. El cambio que se había operado en aquella mujer, en cinco años, era increíble..., pero él tenía que averiguar cómo había sucedido.

Momentos después, se sumergía en las aguas. Nadó un poco y luego se acercó a Julia, quien le aguardaba en un punto donde podía

hacer pie, aunque sólo asomaba la cabeza y los hombros fuera del agua.

—¡Hola, buen mozo! —dijo ella.

Julia era alta, de formas opulentas y sonrisa experta. Baxter hizo pie frente a ella y le puso las manos en la cintura.

—De modo que eres viuda —dijo.

—Sí, y aunque no te lo creas, lo sentí bastante. Había llegado a quererle..., pero la vida debe seguir, pienso.

—Por supuesto.

Julia le rodeó el cuello con los brazos, a la vez que pegaba su cuerpo al de su visitante y empezaba a mordisquearle los labios.

—Tenía ganas de verte de nuevo —murmuró, ardientemente.

—Hacía muchos años que no nos veíamos, en efecto.

—Budd, te he llamado, porque... —Julia se apretó todavía más contra Baxter—. El día es largo y tenemos tiempo de sobra para hablar —jadeó.

Había algo que Baxter rehusaba en muy raras ocasiones y era el encuentro con una mujer hermosa. Pero también le gustaba la comodidad.

—Aquí, no —murmuró.

—Si me llevas en brazos, te guiaré —sonrió Julia.

* * *

Una hora después, Julia se levantó y, envolviendo su hermoso cuerpo en una bata corta, fue al salón, de donde regresó a poco con dos vasos altos, en los que tintineaban algunos cubitos de hielo. Sentóse en el borde de la cama y entregó uno a su visitante.

—¿Qué tal? —preguntó, sonriendo.

—Maravilloso —Baxter hizo que su vaso tocase el de la dueña de la casa—. Chin chin, Julia.

Bebieron un par de tragos. Luego, Baxter, apoyado sobre un codo, miró a su hermosa interlocutora.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó.

—El genio mágico del farol bajo el que solía apostarme, me trajo un día a Julius E. Hartman. Ya ves, teníamos el mismo nombre..., pero él se sentía muy desgraciado, por una contrariedad amorosa. Había tomado un par de copas de más, aunque no estaba borracho; simplemente, a medios pelos. Lo llevé a mi casa y le consolé un poco. Volvió a verme algunos días después... y un par de semanas más tarde, me instaló en un piso situado muy lejos de mi coto de caza. Al cabo de un año, me propuso matrimonio y acepté. Se ve que yo sabía hacer las cosas mejor que la golfa que le sacaba el dinero con el pretexto de poner la casa nueva en que vivirían después de casado,

pero, en realidad, para dárselo al chulo que la explotaba. Eso es lo que hizo desgraciado a Hartman, cuando se enteró... y hasta que me encontró.

—Y al cabo de un año, se casó contigo...

—Hemos vivido tres años muy felices. Pero él murió, de la enfermedad corriente en todos los hombres de negocios.

—Corazón.

—Sí. Naturalmente, yo heredé su fortuna—. Julia miró maliciosamente a su huésped—.Pero no te he llamado para hablar de mi vida privada, aunque me imagino que sentías curiosidad por conocer el cambio que se había operado en una antigua conocida tuya. De puta callejera, a millonaria opulenta, ¿eh?

—Sorprendente, por lo menos, pero explicable cuando se conoce la verdad —contestó

Baxter—. De todas formas, opino y me alegro infinito de tu suerte, Julia.

—Gracias, Budd. Nunca olvidaré lo que hiciste por mí en aquella ocasión... y quizá, precisamente, por eso mismo te he llamado.

—¿Sí? ¿Qué te sucede?

—¿Conoces el caso de Stella Kayn?

—No. ¿Quién es esa mujer?

—Era. Murió hace diez años. Y hace dos días precisamente, ha muerto uno de sus asesinos.

—A ver, cuéntame —pidió Baxter, intrigado.

Y entonces, Julia le contó la historia de Stella Kayn.

CAPÍTULO II

—Bueno, pero no entiendo qué tenemos tú y yo que ver con ese asunto —dijo Baxter, otra hora más tarde, mientras se hacía el nudo de la corbata.

Julia estaba sentada en un butacón, con las piernas cruzadas.

—Yo conocí a Stella y fue una canallada lo que hicieron con ella —contestó.

—Pero no se les pudo probar...

—Fueron cuatro y, aunque se sospechó de ellos, ninguno flaqueó en los interrogatorios a que fueron sometidos. Bien entrenados, previamente, contestaron de una misma forma a las preguntas de la Policía, así que como no había testigos del suceso, tuvieron que soltarlos.

—Eso es lógico —convino Baxter. Cogió la chaqueta y miró a su anfitriona—. Eras amiga de Stella —añadió.

—Y lo fui de su hermana. Por eso quiero que la encuentres y la convenzas de que no siga adelante.

—¡Ah, sospechas que fue la hermana...!

—Sí. Ella tenía, entonces diecisiete años y era... bueno, habría sido una modelo ideal para un cuadro de la Virgen, de Murillo.

Baxter respingó ligeramente.

—¡Caramba, qué cultura! Julia soltó una risita.

—Mi esposo se cuidó de que adquiriese una buena educación —explicó—. Pero, aunque Sandra tenía cara de Madonna, lo que dijo era cosa más bien de una diablesa. Prometió que, un día, se vengaría de los asesinos de su hermana.

—Han pasado muchos años...

—Y ya ha caído el primero. Budd, por lo que más quieras, busca a Sandra, hazle ver que la venganza no resuelve nada... Que los hombres que mataron a Stella mueran ahora, no le resolverá a ella ningún problema y que la venganza se tornará ceniza en sus labios... sobre todo, si la atrapan y la envían a presidio para el resto de sus días. Encuéntrala, Budd, por lo que más quieras.

Baxter frunció el ceño.

—Julia, ¿por qué quieres que lo haga yo? —preguntó.

—Mi esposo me habló de ti en cierta ocasión, aunque yo no le dije que te conocía. El me contó algunas cosas tuyas... recordarás que estaba suscrito a tu agencia.

—No conozco a todos mis suscriptores, aunque admito que pueda ser verdad. Pero una buena agencia de investigación...

—Tú, Budd —insistió Julia. De pronto, se levantó y lúe hacia una consola, situada en un ángulo del vasto dormitorio. Abrió un cajón, sacó un papel de forma rectangular y se lo entregó a su huésped—. No quiero que gastes un solo centavo de tu peculio —indicó.

Baxter leyó la cifra escrita en el sobre.

—Cinco mil —musitó.

—Y si es poco, pide lo que necesites. Budd, Stella, Sandra y yo nos criamos juntas en un pueblecito... Correteábamos juntas por los campos, hacíamos mil travesuras... Luego fuimos mujeres, pero entonces éramos peores que los chicos... Yo tengo treinta y un años, Stella tendría ahora dos más y Sandra debe de andar por los veintisiete o veintiocho... No dejes que se estropee para toda su vida, por un estúpido afán de venganza.

—Bueno, haré lo que pueda. —Baxter vaciló—. Pero no prometo nada positivo. Soy humano y estoy sujeto a fallos.

Julia se echó a reír, a la vez que le besaba afectuosamente.

—Eres muy hombre —dijo. Baxter sonrió.

—Gracias, hermosa.

Salieron del dormitorio, enlazados por la cintura. De pronto, al llegar al salón principal, vieron a un hombre en la terraza.

Julia lanzó una exclamación de enojo.

—¿Qué hace aquí ese individuo? —preguntó.

—¿Lo conoces?

Ella no contestó. Soltó a Baxter y salió a la terraza.

—Sam, ¿quién te ha dado permiso para entrar en mi casa? —exclamó.

El hombre se volvió, sonriendo malignamente. Era alto, más que Baxter, fornido y guapo, aunque había una expresión de perversidad en su rostro que difícilmente podía dejar de advertirse.

—Estás bien acompañada —observó.

—Estoy con quien me parece y es de mi agrado, cosa que no sucede contigo, Sam Fraley. Anda, déjame en paz de una vez y lárgate.

Hubo un instante de silencio. Luego, la mano derecha de Fraley se disparó y atenazó la muñeca de Julia.

—Preciosa, no quiero otro hombre aquí, que no sea yo. ¿Está claro?

—Será mejor que sueltes...

—Sí, pero antes... —Fraley movió la mano libre—. ¡Eh, tú, acércate!

—¿Es a mí? —preguntó Baxter, cortésmente.

—Sí, monigote. Ven un momento, quiero decirte una cosa al

oído.

—Con mucho gusto.

Baxter salió a la terraza, justo en el momento en que Fraley lanzaba a un lado a la dueña de la casa. Julia cayó de espaldas, con los pies por alto, gritando de rabia y de dolor.

El índice de Fraley se apoyó repetidas veces en el pecho de Baxter.

—Ahora mismo, especie de pequeño mono, te vas a marchar de aquí y no vas a volver en los días de tu vida. ¿Entendido?

—¿Lo quieres tú, Julia? —preguntó Baxter, sin quitar la vista del rostro del belicoso individuo.

—¡No, es él quien debe irse! —gritó la aludida, furiosamente.

—Muy bien, ya lo ha oído —dijo Baxter.

Fraley soltó una torva risita. Luego, de pronto, disparó su puño derecho, en busca de la mandíbula de su oponente.

El objetivo desapareció, de pronto, de su vista. Casi en el mismo instante, Fraley sintió que algo le dejaba sin respiración. Baxter había contraatacado, después de esquivar hábilmente el golpe, con el puño cerrado y el brazo tensó y duro como un poste. Fue un golpe sin demasiada fuerza; de haber puesto en el empeño todo lo que sabía, podría haber matado a su adversario en el acto.

Fraley abrió la boca y se quedó rígido, sin respiración, absolutamente ignorante de que Baxter fuera un maestro en las Artes Marciales Orientales. Antes de que pudiera reaccionar, Baxter le aplicó la sexta kata de judo, tercera serie; una ligera variante del Ryogan-tsuki o golpe a los ojos, en el caso. Baxter giró un cuarto de vuelta a su derecha y retiró el pie del mismo lado, asiendo el brazo de su oponente, quien, de repente, se encontró detrás de Baxter. Y una fracción de segundo más tarde, Fraley emprendió un veloz vuelo por los aires, volteando con aparente lentitud, para caer, brazos y piernas abiertos, de cara sobre las aguas.

El golpe fue sonoro y la columna de espumas pareció un estallido. Fraley emergió, aturdido y desconcertado, sin saber en absoluto lo que le había sucedido.

Gorgoteó un poco, escupió varias veces y nadó torpemente hacia la escalerilla. Cuando estaba ya arriba, Baxter agarró su muñeca derecha, retorció el brazo en una firme presa y lo empujó violentamente hacia la salida. Fraley juraba y maldecía obscenamente, hasta encontrarse en el asiento de su automóvil.

—No vuelva por aquí o le pesará —dijo—. Tome nota de lo ocurrido; es lo mejor que puede hacer.

Fraley le dirigió una mirada envenenada, pero no contestó. Hizo girar la llave de contacto y arrancó como si le persiguiera el diablo.

En la puerta de la mansión, Julia se ajustaba maquinalmente el

cinturón del quimono,. Estaba muy nerviosa, observó Baxter.

—Parece que ese tipo cree tener algunos derechos sobre ti —dijo.

—Es un... —Ella se mordió los labios—. Gracias por tu ayuda, pero creo que lo mejor que podemos hacer es olvidarlo, Budd.

—¿De veras lo piensas así?

—Sí.

Baxter escrutó el rostro de la joven. Aparecía muy alterada, pero se veía claramente que no quería hablar más del tema.

—Como quieras —respondió—. ¡Ah, dime, por favor! Tú quieres que encuentre a Sandra Kay, pero es que no sé por dónde empezar siquiera.

—Busca a Buckie el Rana. Suele acudir al Black Hands casi todas las noches.

—Está bien.

* * *

Al llegar a su apartamento, situado en uno de los mejores áticos de la Quinta Avenida, Baxter se acercó a una de las paredes y tocó un botón. La mitad del muro se deslizó silenciosamente a un lado, dejando ver el interior de un cuarto que parecía el puente de mando de una astronave.

Había un par de televisores y varios teléfonos, así como aparatos de grabación ultramodernos Aquella estancia era el cuarto de comunicaciones, que ponía a Baxter en contacto con la agencia de recortes de prensa de la que era fundador y propietario, y que constituía un saneado negocio.

Denis Gray era el director y quien, en realidad, hacía funcionar la empresa. Había empezado poco después de que Baxter iniciase el negocio y había llegado a constituirse en pieza clave del mismo. En la agencia había infinidad de datos de personas célebres, almacenados en microfilmes, con computadoras que proporcionaban respuestas exactas y casi instantáneas de cuantos datos se les solicitaban y estuviesen archivados en la agencia.

El rostro de Gray apareció al poco en la pantalla de la línea privada de Baxter.

—Apostaría doble contra sencillo a que te has embarcado en un nuevo jaleo —dijo.

—¡Has ganado, Denis! —sonrió Baxter. Sacó el cheque y lo puso delante del objetivo de la telecámara—. Para empezar, me han pagado ya cinco mil pavos, así que no empieces con tus jeremiadas acerca de los gastos.

—Mi madre era escocesa y algo se me debió de pegar de su

idiosincrasia —contestó Gray, alegremente—. Mi corazón sangra cada vez que veo un dólar gastado de manera irresponsable.

—Bueno, pues ahora tengo ya la medicina contra esa clase de hemorragias —dijo Baxter, siguiendo la corriente a su amigo—. Denis, hablemos de Dave Pickett.

—El hombre a quien mató la Muerte, ¿eh?

—Sí.

—Un caso curioso. Aunque no tenía nada de él en los archivos, he ordenado recortar cuanto publiquen los periódicos y revistas sobre el particular.

—Puedes enviar a un agente, con una cámara, para fotocopiar lo que dijeron los diarios de él y de una tal Stella Kayn hace diez años. ¿Conoces el caso?

—No. ¿Qué sucedió?

—Stella era secretaria de un tipo con mucha pasta, Alex Hendricks. Los negocios de Hendricks no eran legales del todo, pero jamás le habían pillado con las manos en la masa. Cierto día, consiguió reunir doscientos mil dólares en billetes, para un pago discreto. El dinero quedó guardado en la caja fuerte, de la que Stella, fiel y segura secretaria, poseía la combinación. Cuatro hombres se enteraron del asunto y buscaron a Stella.

—Y la obligaron a darles la clave.

—Exacto. Pero como ella no quería, la torturaron salvajemente hasta que cedió.

—Bien, y ¿qué relación tiene esto con la muerte de Pickett?

—Era uno de los cuatro que intervinieron en el asunto. Stella era una chica valiente y enérgica y resistió, incluso, a cuatro violaciones sucesivas. Pero cuando la cosa fue a más, cuando empezaron a calentarle los pies con un soplete de fontanero, dijo lo que sus torturadores querían saber. Y luego, para que no hablase, la degollaron. El crimen se ejecutó en una casa de campo que poseía Hendricks, adonde Stella había ido a pasar el fin de semana para revisar unos libros de cuentas, con toda tranquilidad. Hendricks estaba en Tijuana y cuando regresó el lunes, al ver que Stella no acudía a la oficina, pensó que podía haberle sucedido algo... y se la encontró muerta. Se sospechó de Pickett y sus socios, pero no pudieron probarles nada. No se encontró ninguna huella dactilar ni el menor detalle comprometedor.

—Pero los doscientos mil dólares habían volado de la caja fuerte.

—Sí. Cincuenta mil para cada uno... y luego progresaron y se hicieron personas respetables y prósperos hombres de negocios.

—A veces ocurre —dijo Gray, filósofo—. ¿Qué fue de Hendricks?

—Había recibido una mercancía, tenía el dinero para pagar, no pudo hacerlo en el plazo convenido y el vendedor ordenó que le pegasen cuatro tiros, sin hacer caso de sus excusas. Pero salvo el detalle del dinero, la muerte de Hendricks no tiene relación con el caso.

—Bueno, buscaré lo que pueda..., pero ¿por qué te interesa a ti, este asunto?

—Una amiga mía sospecha que la muerte de Pickett se debe a la venganza de la hermana de Stella, Sandra. Esa amiga quiere que la encuentre y la disuada de seguir adelante.

—Comprendo. Lo extraño es que Pickett, antes de morir, dijese que le había matado la Muerte. ¿No te parece extraño, Budd?

Baxter suspiró.

—Probablemente, era el delirio de la agonía. Pero si lo hizo Sandra, que es guapísima, según mis informes, entonces nos encontramos ante un caso que, parafraseando cierto título, podría calificarse como el de La Bella y la Muerte.

—Romántico, pero siniestro.

—Sí. Bien, ayúdame, Denis.

—Dejaré la grabadora en marcha.

—¡Claro, caballero andante! —rió Gray.

—O.K.

Baxter cortó la comunicación y abandonó la estancia. Su criado, Tim Koye, le hizo una profunda reverencia al verle.

—El señor me permitirá sospechar una nueva campaña —dijo.

—Confirmo tus sospechas, Tim —sonrió Baxter—. ¡Ah!, ya he tenido, hoy, una pequeña sesión de entrenamiento real.

Koye arqueó las cejas.

—El señor habrá ganado, espero —dijo.

—Sí. Sólo es un buen boxeador —sonrió Baxter, al recordar su breve pelea con Fraley.

¿Por qué no había querido darle. Julia más detalles de su relación con el individuo?

«Tendría que averiguarlo», se dijo.

Pero antes debía entrevistarse con el Rana.

CAPÍTULO III

La muestra del Black Hands era un rótulo luminoso, en el que destacaban dos manos en negro, que era el símbolo del local. Baxter, vestido con discreción, empujó la puerta y descendió dos escalones hasta hallarse en el piso del tugurio.

Había humo en abundancia, y olor a sudor y whisky barato. En el mostrador, una mujer pintarrajeada movía el torso cerca del rostro de un sujeto que parecía insensible a los encantos femeninos. Ella estaba sentada a medias en un taburete y la falda, muy ajustada, se había subido casi hasta las caderas, lo que permitía ver las medias y el tirante, del portaligas, negro. Los senos de la mujer, gruesos como pequeños melones, amenazaban con salirse del escote. Baxter se preguntó si la individua se los habría hecho agrandar con silicona. Pero parecía una golfa barata; seguramente, eran suyos. Una operación semejante costaba dinero.

Se acercó al mostrador, atendido por una joven de rostro hastiado y mesurado escote.

— ¡Hola! —dijo ella.

—Mi nombre es Budd. Me gusta el whisky del bueno, no tengo el estómago forrado de hierro.

—Aquí no servimos vitriolo —contestó la barmaid con displicencia—. Pon un «pavo» sobre el mostrador y hablaremos. ¡Ah, me llamo Terry!

—¡Está bien, Terry! —Baxter dejó sobre la barra un billete de cinco dólares—. Uno para el trago, cuatro para la camarera.

Los ojos de Terry chispearon.

—¿A quién buscas? —adivinó.

—Buckie el Rana.

Terry se inclinó y sacó una botella de debajo del mostrador.

—Está enfermo —dijo, después de llenar la copa.

—¿Qué le pasa?

—Ha quedado como si le hubiese atropellado un camión.

—¡Oh! —comprendió Baxter—, ¿Quién lo hizo?

—Dutch Harras y Tad Billings. Por orden de un tal Fraley, creo.
Las cejas de Baxter se alzaron en el acto.

—Fraley —repitió.

—Sí. ¿Le conoces?

—Un poco. ¿Sabes por qué apalearon a Buckie?

—Le prestaron dinero y no lo devolvió a tiempo.

—Ya. A Fraley no le gustan los morosos.

—A nadie le gustan, Budd. ¿Otro trago?

—No, gracias. Dime, ¿dónde vive el Rana?

—Seis puertas más abajo, departamento ocho F.

—Te envío un beso, guapa.

La expresión adusta de Terry desapareció en el acto.

—No me gustan los envíos aéreos. Prefiero recibir... en mano —dijo—. Termino a las once y vivo dos puertas más abajo del Rana.

—Lo siento, Terry, te defraudaría.

—No me digas que...

—Pues sí, te lo digo.

La barmaid se encogió de hombros.

—A veces, una se equivoca —murmuró, resignada—. Pero hubiera jurado que tú...

—Son cosas de la naturaleza —sonrió Baxter.

La mujer de los senos como meloncitos abandonó su lucha con el cliente indiferente y se volvió hacia Baxter.

—Buen mozo, ¿me pagas una copa? —solicitó profesionalmente mimosa.

—¡Déjalo, Bonnie, es de la otra acera! —dijo Terry. La mujer respingó.

—¡Santo Dios...!, ¿en qué mundo vivimos? Si esto sigue así, voy a tener que dedicarme a barrer suelos —farfulló. Dio media vuelta y se alejó, meneando sus pomposas caderas—

. Tipos retorcidos, así os cortaran los...

La voz de Bonnie se apagó. Baxter miró a la barmaid y le guiñó un ojo.

—Gracias, Terry —se despidió.

Cuando llegaba a la puerta, dos hombres le cerraron el paso. Eran tipos duros, con cicatrices en la cara, matones a sueldo, sin duda.

—Usted ha estado preguntando por Buckie —dijo uno de ellos.

—Sí —admitió Baxter, sin pestañear.

El otro alargó la mano y rozó una de las solapas de la chaqueta de Baxter.

—No nos gustan los fisgones, señor —dijo.

—A mí tampoco me gustan ustedes y ya ven, tengo que aguantarme —contestó el joven sonriendo.

—Tendrá que olvidar a Buckie —murmuró el primero. Baxter adivinó la identidad de los sujetos.

—Harras y Billings —musitó.

—Sí —confirmó Billings.

—Trabajan para Fraley.

—Sí.

—Y dieron una buena tunda a Buckie porque les debía dinero...

—Al jefe no le agradan los morosos.

—Ni los curiosos.

—La curiosidad, en mí, es un vicio irreprimible —dijo Baxter, sin dejar de sonreír.

—Nosotros vamos a curarle ese vicio —anunció Harras.

Empezó a levantar el brazo derecho, pero, antes de que completara el gesto, Baxter pasó al ataque, disparando las dos manos, los dedos tensos, rígidos, dirigidas las puntas a sendos esternones.

Se oyeron dos gruñidos. Billings y su compinche perdieron el aliento, instantáneamente.

Boquearon en busca de aire. En el mostrador, Terry, atónita, contemplaba la escena, sin creer en lo que estaba viendo.

Los dos matones ya no tenían iniciativa. Baxter alzó ambas manos, las juntó y luego separó violentamente los brazos, golpeando dos cuellos con los filos exteriores. Harras y Billings se tambalearon, y acabaron por caer al suelo, en posturas tan ridículas, que provocaron la hilaridad de todos los circunstantes.

Baxter abrió la puerta. Desde allí se volvió y dirigió a Terry una alegre sonrisa. Ella contestó, juntando las dos manos y alzándolas por encima de su cabeza.

* * *

La cara de Buckie el Rana mostraba claramente las señales de los golpes recibidos. El aire silbaba al hablar, cuando pasaba por el hueco del diente que había sido arrancado de su alvéolo por un golpe nada compasivo. El ojo izquierdo estaba completamente cerrado. El derecho, en cambio, aparecía intacto, y se podía ver sin dificultad el globo saliente que, en efecto, parecía la pupila de un batracio,

—Se despacharon a gusto —rezongó—. Total, por cien cochinos pavos y un solo día de retraso...

—Los prestamistas profesionales son así, Buckie —dijo Baxter, en pie, junto a la cama astrosa y maloliente en que yacía el sujeto—. Una antigua conocida suya me recomendó a usted: Julia Hartman.

—¡Oh, ya la recuerdo! Buena chica, tuvo suerte. Y se la merecía.

—Sí, es cierto. Buckie, ¿qué sabe usted de Stella Kayn? El Rana entornó el único ojo sano.

—La mataron Dave Pickett y tres más —contestó.

—No se les pudo probar el crimen.

—Pero todo el mundo sabe que fueron ellos.

—Eso no sirve ante un tribunal, Buckie.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere usted? Baxter sacó tabaco.

Fumaron. El olor del tabaco, pensó Baxter, serviría para anular la fetidez de aquel ambiente. Viendo la forma en que vivía Buckie, pensó que quizá la paliza que le habían propinado no era inmerecida del todo.

—Stella tenía una hermana, Sandra.

—¡Ah, sí!; la recuerdo. Estuvo actuando durante una temporada en el Sweet Melody. Tenía mucho éxito. Luego, de repente, desapareció. Una mujer hermosa como nunca he visto. Tenía una cara de ángel... como la voz. No sé qué ha sido de ella, se lo digo con sinceridad.

Baxter torció el gesto.

—Julia me dijo...

—Lo siento. Yo haría por Julia cualquier cosa siempre que me sea posible, pero, en este caso, me pasa lo mismo que el que iba a hacer pan y no tenía harina ni agua ni sal.

—Ya. Ni horno ni leña —sonrió Baxter.

—De todos modos, vaya a ver a Bert Crowleigh. Es el gerente del local donde trabajaba

Sandra. Estaba loco por ella; incluso quería casarse y sé que la anda buscando.

—Muy bien —Baxter dejó caer unos billetes sobre la cama—. Buckie . ¿Cree usted que fue Sandra, quien asesinó a Pickett?

—No me extrañaría en absoluto —respondió el confidente, sin pestañear.

Baxter abandonó la casa. En la calle, respiró a pleno pulmón.

—A Buckie no le hacen falta insecticidas —gruñó—. Las moscas se morirían de asco si osaran entrar en su dormitorio.

De pronto, se le ocurrió pensar que no estaría de más hacer sucesivas visitas a los tres sujetos que, supuestamente, habían asesinado a Stella Kayn.

Era ya un poco tarde, incluso para hablar con Crowleigh. Empezaría al día siguiente, decidió.

* * *

Por la mañana, realizó en su gimnasio privado una serie de ejercicios para mantenerse en forma. Hizo dos asaltos con su criado y luego fue a la ducha. Al terminar, tomó un ligero desayuno y se dispuso a ponerse en campaña.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Yo abriré, Tim.

—Bien, señor.

Koye quedó en la cocina. Baxter cruzó la sala y abrió.

—¡Hola! —sonrió Fraley, en el umbral—. Le traigo una visita.

Baxter contempló al gigantesco sujeto que acompañaba a Fraley, un tipo de ojos algo oblicuos y cráneo completamente afeitado.

—Es Thong el Machacador —añadió Fraley. Thong se volvió hacia su acompañante.

—No me gusta —dijo con voz ridículamente aflautada.

—¿Por qué, Thong?

—La cosa no va a tener interés.

—¡Oh, vamos, vamos!, no quiero que le hagas mucho daño —Fraley sonrió perversamente—. Me conformo con una fractura de antebrazo, Thong.

—Bueno, si sólo es eso... Baxter alzó una mano.

—Perdón —dijo, cortés—. Fraley, usted se ha traído a un servidor.

—Pues, sí, así podría llamarse, en efecto —contestó el interpelado.

—Está bien, en tal caso, yo llamaré al mío... ¡Tim! Koye apareció en el acto.

—¿Señor?

Baxter señaló al gigante.

—Quiere romperme un brazo —sonrió.

—¡Qué grosería! —Koye fingió escandalizarse—. Si el señor me lo permite, propinaré un correctivo a este sujeto carente de los más elementales principios de urbanidad y decoro.

—Encantado —accedió Baxter—. Procura no hacerle demasiado daño, Tim. Thong se volvió hacia Fraley.

—Esto no es lo pactado —se quejó—. Debería haberme comprado un microscopio.

¿Cómo voy a poder jugar, si no veo la pelota?

—Es un poco pequeña, en efecto, pero tú tienes buena vista —sonrió Fraley—. Vamos, Thong, así tendrás doble ración. Cuando hayas liquidado a ese conato de mono amarillo, empezarás con el dueño.

—Sí, señor.

Thong se llenó los pulmones de aire, con gesto aparatoso, y avanzó lentamente hacia Koye, quien lo observaba en la posición clásica del inicio de una lucha de karate. De súbito, Koye simuló dar un salto, para golpear con los pies el rostro de su adversario. Thong se apresuró a rechazar el ataque, pero Koye, que había cortado la acción a la mitad, rebotó como una pelota y, con los pies juntos, ejecutó un fulgurante volteo, que lo llevó a situarse a la espalda de su

atacante. Rebotó de nuevo y, esta vez sí, disparó los dos pies a los riñones de su adversario, quien no había tenido tiempo de darse la vuelta.

Se oyó un bramido de dolor. Thong dio dos o tres pasos hacia adelante, trastabillando, y empezó a volverse, pero de nuevo Koye repitió la acción, ahora alcanzando el lado izquierdo del rostro del gigante, quien cayó de costado, hacia su derecha, bramando como un búfalo enfurecido.

Tranquila, displicentemente, Baxter sacó su pitillera y se puso un cigarrillo en la boca. Luego ofreció a Fraley:

—¿Fuma, amigo?

Fraley rechazó el ofrecimiento, de un manotazo. En aquel instante, Koye saltaba de nuevo sobre Thong, quien estaba boca arriba, tratando de incorporarse.

Los dos pies de Koye cayeron sobre el amplio tórax de Thong, produciendo un sonido semejante al de un bombo golpeado con el mazo. Thong abrió la boca, tratando de reponer el aire perdido tan súbitamente. En el siguiente salto, pasó al otro lado de su cabeza. Giró en el aire y, en el momento en que el torpe gigante se sentaba, le golpeó con los filos de ambas manos bajo las orejas. Thong emitió un sordo gruñido y cayó de espaldas, completamente sin conocimiento.

—¡Bravo, Tim, una buena pelea! —exclamó Baxter, a la vez que aplaudía.

Fraley se quedó con la boca abierta. En su cara aparecía una expresión, mezcla de pánico y desconcierto. Había llevado a su esbirro al apartamento de Baxter, con el fin de tomarse el desquite de lo sucedido dos días antes y ahora, de repente, se encontraba desvalido e indefenso.

De pronto, echó a correr. Una silla, lanzada por Baxter, fue más rápida y se enredó en sus piernas, haciéndole caer de bruces al suelo.

CAPÍTULO IV

Cuando Fraley se levantaba, una mano se apoderó de su brazo derecho y lo retorció despiadadamente

—Suélteme... —jadeó.

—Primero quiero saber algunas cosas —dijo Baxter—, Tim, vigila al durmiente.

—Bien, señor —contestó Koye.

Baxter acentuó la presión en el brazo de su prisionero.

—¿Qué hay entre tú y Julia Hartman? —inquirió.

—Somos buenos amigos

—¿Buenos amigos... y la golpeaste desvergonzadamente? Vamos, no trates de creerme tonto. ¡Contesta!

—Fui... a pedirle un préstamo...

—Eso no es cierto —Baxter acentuó la presión y el brazo de Fraley crujió alarmantemente—. Quiero la verdad —exigió, con dureza.

—E... está bien... Ella tiene unos papeles que me comprometen...

—¿Qué clase de documentos?

—U... un pagaré...

—¿De cuánto?

—Veinticinco mil. Baxter silbó.

—No es una fruslería —comentó— ¿Te prestó ella, ese dinero?

—Sí, hace un par de años...

—Fraley, aquí hay algo que no encaja. Hace dos años, el señor Hartman vivía todavía. No creo que Julia dispusiera de semejante suma, aun contando con que su difunto esposo le daba toda clase de lujos.

—Es que... fue su marido el que me prestó el dinero...

—¡Oh!, ahora lo comprendo. Bien, ella tiene el pagaré... ¿Acaso temes que lo presente al cobro?

—Quiero rescatarlo, eso es todo —gruñó Fraley.

—¿Tienes el dinero y los intereses?

—Claro.

—Sam, tu comportamiento en casa de Julia no era precisamente el de una persona que va a pedirle un favor —alegó Baxter.

—Bueno, admito que me propasé un poco..., pero llevaba el cheque, con la garantía de un Banco de solvencia. Pero usted no me

dejó...

—¡Claro que no te dejé, estúpido! De todas formas, no acabo de creerte por completo.

—¡Le he dicho la verdad! —protestó Fraley—. Tengo el cheque en casa. Tuve que llevar el primero al Banco y que me lo canjearan por uno nuevo, ya que el otro estaba mojado y la tinta se había corrido en parte....

Baxter frunció el ceño. ¿Tenía miedo Fraley de que Julia presentase el pagaré al cobro? Veinticinco mil dólares, más los intereses, eran una suma elevada, pero no lo suficientemente alta como para poner en situación crítica las finanzas de la señora Hartman.

Koye intervino súbitamente:

—Señor, Thong empieza a despertarse —informó.

Baxter registró a Fraley con la mano izquierda y le despojó de un revólver «Colt» 38 Special, de cañón corto.

—Vas bien armado —observó.

Thong se levantó al poco. Aunque nunca usaba armas que no fuesen concedidas por la naturaleza. Baxter juzgó oportuno encañonar al gigante.

—No intentes nada o te dejaré cojo a tiros —amenazó.

—Vámonos, Thong —gruñó Fraley.

Los dos hombres se encaminaron hacia la salida.

—¡Sam! —llamó Baxter, de pronto. Fraley se volvió.

—¿Qué quiere, ahora? —masculló.

—Demos el asunto por concluido. —Baxter vació de balas el revólver y lo arrojó a su dueño—. No me guarde rencor y yo no se lo guardaré a usted. Así marcharán las cosas mejor para ambos.

Fraley no contestó, Abrió la puerta y salió disparado, seguido de su gigantesco esbirro.

Baxter se quedó muy pensativo, jugueteando distraídamente con los seis cartuchos que se había quedado.

—Aquí hay algo que no encaja —murmuró.

—¿Decía, señor...? —habló Koye, cortés.

—No, nada.

De pronto, Baxter se acercó al teléfono y marcó un número. Al poco, dijo:

—Quiero hablar con la señora Hartman. Soy Budd Baxter.

—Bien, señor —contestó el mayordomo. Baxter oyó la voz de Julia, segundos después:

—Budd, ¿qué sucede? ¿Has encontrado a Sandra?

—No se trata de Sandra, ahora, aunque tengo una buena pista. Fraley ha estado a verme.

—¡El muy...! Ahora comprendo por qué me encontré abierta la

agenda donde anoto las direcciones y teléfonos de mis amistades. La había dejado sobre la mesita donde está mi teléfono y él debió husmear, mientras tú y yo conversábamos...

—Está bien, puede que fuese así —dijo Baxter, sin dar demasiada importancia al asunto—. Me habló de un pagaré de veinticinco mil dólares. ¿Es eso cierto?

—Bueno, la cifra total asciende a veintiocho mil ciento noventa. El préstamo se hizo al seis por ciento de interés anual.

—Tu esposo, supongo.

—Claro. Yo no intervenía jamás en sus negocios. Me encontré con el pagaré, al revisar sus papeles, después de su muerte, pero no le concedí demasiada importancia. No era una suma que me sacase de apuros, gracias a Dios.

—Y al cabo de dos años, Fraley va y aparece diciendo que quiere cancelar el pagaré.

—Es la primera noticia que tengo de ello. ¿A eso vino a mi casa?

—Es lo que me ha dicho, Julia.

—Bueno, la verdad es que hace algún tiempo, yo le dije que empezase a pensar en devolver ese dinero. Pero no le apremié...

—¿Le amenazaste?

—¡Oh, no, en absoluto!

Baxter se mordió los labios.

En aquel asunto, había algo que no encajaba de un modo correcto, pero no acababa de dar con la pieza suelta de un pequeño rompecabezas.

—Está bien —dijo, al cabo—. No te preocupes de más. Creo que Fraley tiene ya el dinero preparado. Eso es todo por ahora, Julia.

—Gracias, Budd. Oye, antes mencionaste una pista sobre Sandra...

—Aún no hay nada definitivo. Te informaré en su momento. ¡Adiós!

Baxter colgó el teléfono. Estuvo unos segundos pensativo y luego, de pronto, echó a andar hacia el cuarto de comunicaciones. Era preciso saber qué había conseguido averiguar Gray sobre la muerte de Stella Kayn, acaecida diez años atrás.

* * *

Bert Crowleigh era un sujeto alto, delgado, de pómulos salientes y vestido con elegante discreción y, por lo que se veía, aficionado a los cigarros largos y delgados, uno de los cuales sujetaba con los dientes. En el lujoso despacho que era su puente de mando en el Sweet Melody, había dos televisores en color, funcionando

continuamente. Uno de los televisores recogía imágenes del escenario, en el que actuaban dos cantantes, vestidas únicamente con un diminuto triángulo de tela roja, sujeto a las caderas, por un hilo apenas visible. El otro televisor tomaba imágenes de la sala y la cámara que las recogía, oscilaba lentamente a un lado y a otro, a la manera de los ventiladores de hélice, lo que permitía captar los menores detalles de lo que sucedía entre el público.

—Hace meses que no sé nada de Sandra Kayn —rezongó el gerente del local—. Desapareció, como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Le dijo alguna vez que pensaba marcharse? —preguntó Baxter.

—No, nunca. Todo sucedió de la noche a la mañana. Una noche, cantaba aquí... Al día siguiente, dejé de verla, y hasta ahora. Pero ¿por qué se interesa tanto por Sandra?

—Me han informado que estaba muy enamorado de ella.

—Lo admito —contestó Crowleigh—. Era..., bueno, es de suponer que lo siga siendo, una muchacha preciosa. Dulce, sensitiva, con un corazón de oro... Créame, muchos la llamaban ángel, pero aún lo era más por los sentimientos que por su belleza.

—Sin embargo, yo sé que una vez dijo que vengaría a su hermana —manifestó Baxter.

—Conozco la historia de Stella. Sin embargo, no creo que Sandra abrigase esa clase de sentimientos. Imagino que le gustaría que se hiciese justicia en este caso, pero apostaría mi vida entera a que no es capaz de hacer una cosa semejante.

—Pickett ha muerto.

—Lo sé. He leído los periódicos y, a pesar de todo, insisto en que no fue Sandra.

Baxter sintió una profunda admiración hacia el hombre que abrigaba tales sentimientos hacia una mujer que había desaparecido de forma tan misteriosa. Ahora, más que nunca, tenía un vivísimo interés por encontrar a Sandra y conocerla personalmente.

—De todos modos, ¿no tiene usted alguna pista que me permita dar con ella?

—¿Por qué le interesa tanto Sandra, señor Baxter? —quiso saber Crowleigh.

—Alguien me ha pagado por encontrarla. Mi... cliente tiene miedo de que Sandra cometa un nuevo crimen.

—Ella no fue...

—Bien, de todos modos, debo hallarla. ¿No puede decirme nada? Crowleigh se mordió los labios.

—Vaya a ver a Lisbeth Shenn —indicó.

—¿Quién es esa señora?

—Apostaría doble contra sencillo a que ella lo sabe, aunque nunca ha querido decirme nada al respecto. Quizá usted tenga más suerte, señor Baxter.

—Muy bien, deme su dirección. Si llego a saber algo, le informaré de inmediato. Crowleigh parecía un hombre sincero, pensó, mientras anotaba en su libreta las señas de Lisbeth Sheen. De pronto, oyó una sorda exclamación que brotaba de labios de su interlocutor:

—¡Ella!

Baxter respingó.

—¿Sandra?

—No, Nell Dennison.

Los ojos de Crowleigh estaban fijos en una de las pantallas de televisión. Baxter volvió la cabeza y divisó a una hermosa mujer, de cabellos rojos, que avanzaba por el centro de la sala, siguiendo el mismo camino que él había utilizado para llegar al despacho del gerente. La mujer iba acompañada de dos sujetos membrudos, de rostro estólido, uno de los cuales era portador de un maletín rígido, de color negro y aspecto más que sospechoso.

—Esa mujer viene a verle, ¿eh? —dijo Baxter.

—Sí —contestó Crowleigh, con sombrío acento.

Baxter lanzó una mirada a la puerta que daba al lavabo privado del gerente. Presintiendo que un hombre que se le había hecho simpático podía sufrir algún percance, se encaminó hacia el lavabo.

—No mencione mi presencia aquí —aconsejó.

* * *

A través de la delgada rendija que había dejado en la puerta, vio a Nell Dennison acercarse a la mesa de despacho, seguida de uno de sus esbirros. Nell vestía una especie de camisa negra, de punto, muy ajustada hasta el cuello y con manga larga. La camisa hacía resaltar las firmes curvas de los senos exuberantes, en contraste con la delgadez de la cintura y la línea rotunda de las caderas, cubiertas por una falda sumamente ajustada, del mismo color. Nell fumaba displicentemente un cigarrillo, situado en el extremo de una larga boquilla.

—Quiero su respuesta, Bert —dijo fríamente.

—Es demasiado —se quejó Crowleigh.

—Bert, Digson se ha quedado afuera. En el maletín lleva una botella de líquido inflamable. El Sweet Melody no ardería, pero se produciría un enorme pánico, apenas alguien anunciase que se había producido un fuego. ¿Lo ha entendido?

—Nell, es usted tan hermosa como despiadada...

—Ahórrese elogios y críticas —cortó ella, secamente—. Pague,

o habrá una estampida de clientes hasta la calle.

Crowleigh se puso en pie y se acercó a la caja fuerte que había empotrada en la pared. Cuando la abría, Nell se le aproximó rápidamente y lo apartó de un fuerte empellón.

—¡Eh, pero...! ¿qué diablos...?

—¡Val, cúbreme! —ordenó ella sin inmutarse. El esbirro sacó una pistola.

—¡Quieto, Bert! —ordenó.

—Esto es un atraco...

—Esto es dinero —rió Nell, a la vez que enseñaba burlonamente un grueso fajo de billetes—. Bert, hágase cuenta de que le he impuesto una multa por demora en el pago. La próxima vez, por supuesto, sólo le cobraré lo acordado. ¿Estamos?

—Lo ha acordado usted, no yo —gruñó Crowleigh.

Nell se echó a reír. Burlona, quitó el cigarrillo de la boquilla y lo dejó caer al suelo enmoquetado, pisoteándolo hirientemente con el tacón de su zapato. Luego arrojó el fajo de billetes hacia su esbirro, quien lo atrapó al vuelo.

—Hasta el mes próximo, Bert —se despidió la hermosa mujer.

CAPÍTULO V

Seguida de sus dos esbirros, Nell Dennison se encaminó hacia el automóvil estacionado a corta distancia del local, en una zona relativamente oscura. Nell abrió la portezuela posterior y se sentó con aire displicente, cruzando sus hermosas piernas, mientras los dos tipos ocupaban los asientos delanteros.

En el mismo momento, se oyó un fuerte silbido. El coche se inclinó hacia el lado izquierdo.

—¡Maldición, un pinchazo! —dijo Val Rafe.

La pérdida de aire se había producido en la rueda posterior izquierda. Rafe abrió la portezuela y se apeó. El otro hizo lo mismo y dio la vuelta por delante, para ayudar a su compañero en el cambio de neumáticos.

En el mismo instante, la rueda que hacía la pareja se quedó, también, sin aire.

—¿Qué sucede? —gritó Nell, muy irritada.

Rafe y su compinche se sentían plenamente desconcertados. Rafe se encaminó hacia el otro lado del vehículo. De pronto, sintió un vivo dolor en el cuello y perdió el sentido.

—¡Val! —gritó el otro pistolero.

Rafe no contestó. Aprensivo, el sujeto sacó la pistola y caminó, paso a paso, hacia el lugar donde debía hallarse su compañero.

De súbito, algo le dejó sin respiración. Intentó levantar el arma, pero un segundo golpe le hizo perder el conocimiento.

Nell oyó el ruido y se apeó del coche. Entonces, una silueta humana se alzó ante ella.

—¡Hola, pistolera! —sonrió Baxter.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Nell.

Llevaba su bolso colgado del hombro izquierdo y, disimuladamente, empezó a abrirlo. La mano de Baxter atenazó su muñeca.

—¡Quieta, preciosa! —dijo.

Nell forcejeó vivamente, a la vez que lanzaba obscenas palabrotas. De repente, se encontró vuelta de espaldas a su atacante.

Una mano tiró de su camisa y la rasgó hasta la cintura. Nell chilló furiosamente.

—Voy a darte una lección que no olvidarás jamás —dijo Baxter, mientras, implacable, proseguía su tarea—. Jamás hubiera soñado

hacer esto a una mujer..., pero tú no lo eres: tú eres una fiera salvaje.

En diez segundos, Nell quedó completamente desnuda, con las ropas hechas trizas. Unicamente sus zapatos quedaron intactos; Baxter le rompió incluso el complet negro que vestía bajo la falda.

Luego la soltó. Ella pasmada retrocedió un par de pasos, con la mano izquierda delante del bajo vientre.

—¡Me lo pagarás...! —amenazó.

Baxter se echó a reír. Lanzó un ligero golpe al desnudo estómago de la mujer y la dejó sentada en el suelo. Luego abrió la portezuela, se apoderó del maletín, lo abrió y extrajo todo su contenido.

—Era una buena cosecha la de esta noche, ¿verdad? —rió, antes de desaparecer del lugar de la escena.

El maletín cayó a los pies de Nell, en cuyos ojos había un brillo de impotencia. Baxter se alejó sin prisas, aunque no con paso lento.

Un poco más allá, divisó un coche patrullero, cuyos dos ocupantes daban la sensación de hallarse mortalmente aburridos.

—¡Eh, amigos! —dijo—, vayan al estacionamiento del club nocturno. Allí hay una fulana en cueros vivos, haciendo cochinadas con dos tíos...

Los policías se despabilaron instantáneamente. Baxter aguardó unos minutos, hasta que vio pasar de nuevo el coche de patrulla, con el asiento posterior muy bien ocupado.

Entonces volvió al despacho de Crowleigh y dejó el dinero sobre la mesa. Crowleigh le miró atónito, porque sabía que su visitante había desaparecido misteriosamente.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó.

—No se preocupe —sonrió Baxter—. ¡Oiga...! Es la primera vez que veo a una mujer capitaneando una banda de extorsionistas.

Crowleigh rió agriamente.

—Para eso se habla tanto de la igualdad de sexos —contestó—. Pero Nell volverá de nuevo...

—Procuraré evitarlo, Bert. —Baxter sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa—. Si Nell le molesta de nuevo, llámeme.

—Siempre fue muy independiente. Por eso acabó rompiendo con Harry Bens. Baxter se sobresaltó al oír aquel nombre.

—¿Ha dicho Bens? —exclamó.

—Sí. ¿Acaso le conoce?

—No, pero sé que formó parte del cuarteto de asesinos que mataron salvajemente a la hermana de Sandra. Gracias por el dato, Bert.

La cosa se complicaba más todavía, pensó Baxter, cuando se sentaba en el coche, disponiéndose a regresar a su casa, para disfrutar de un más que merecido descanso. Al día siguiente, se dijo, iría a visitar a Lisbeth Sheen, la mujer que según Crowleigh sabía el paradero de Sandra aunque se negaba obstinadamente a decirlo.

* * *

—No lo sé —contestó Lisbeth Sheen a la mañana siguiente, mientras llenaba una taza con parte del contenido de una cafetera de plata—. Hace casi medio año que no he vuelto a saber de Sandra.

—Usted no es sincera —dijo Baxter, mientras aceptaba la taza de café que le ofrecían.

Lisbeth se encogió de hombros. Era una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, muy rubia y de figura opulenta, quizá demasiado, pero, tal vez por lo mismo, con un tremendo atractivo

sensual. Baxter sabía que tenía mucho éxito en el club en donde trabajaba, ahora, después de haberlo hecho durante largos años en el Sweet Melody. El peinador que vestía Lisbeth era altamente sugestivo por su casi total transparencia.

—Mire, aunque Sandra ya no es una adolescente, yo la considero como una chica maravillosa. Si alguna vez ha habido un ángel en la Tierra, es Sandra, ¿entendido? —dijo Lisbeth.

—Y usted, claro, no quiere que le pase nada.

—No. —De pronto, la rubia se mordió los labios, dándose cuenta de que su respuesta era una confesión implícita de que conocía el paradero de su amiga—. Está bien —añadió, exasperadamente—, sé dónde está, pero no se lo diría, ni aunque me arrancasen la piel a tiras.

Baxter meditó un instante. Por un momento, pensó en ofrecer a Lisbeth una buena suma. A fin de cuentas, disponía de cinco mil dólares para gastos, con la promesa de recibir más fondos si era necesario. Pero era hábil psicólogo y se dio cuenta de que, al menos en aquellos momentos, mil o dos mil dólares no harían flaquear la voluntad de su hermosa interlocutora. A juzgar por el ambiente, las ganancias de Lisbeth no eran precisamente exiguas y ello significaba que no carecía de dinero.

Una tarjeta de visita quedó sobre la mesita del teléfono.

—Piénselo bien —dijo—. Aunque no la conozco personalmente, yo también aprecio muchísimo a Sandra y me interesa enormemente encontrarla y conversar con ella.

Se dirigió hacia la puerta y, desde allí, se volvió, sonriente:

—¿Cuándo puedo invitarla a cenar? —consultó. Lisbeth remoloneó un poco.

—Ya le llamaré —respondió, evasiva.

Al quedarse sola, Lisbeth corrió hacia el teléfono y habló durante algunos minutos, muy excitada. Luego dejó el aparato y se pasó una mano por la frente.

—Estoy muy nerviosa —murmuró.

Y, de súbito, se dio cuenta de que había alguien más en la estancia. Giró en redondo. Una terrible palidez inundó sus facciones.

—No grites —dijo el hombre.

Lisbeth se puso una mano en el pecho.

—¿Qué..., qué es lo que desea? —balbució, mientras contemplaba con hipnótica fijeza el negro ojo del cañón de la pistola que apuntaba directamente a su pecho.

—¿Dónde está Sandra Kayn? —preguntó el intruso.

—No..., no lo sé...

—Tienes exactamente cinco segundos para decidirte. ¡Uno!

Lisbeth se aterró. Aquel sujeto parecía dispuesto a matarla si

continuaba manteniendo su silencio.
—¡Espere! Se lo diré...
Segundos después, el hombre sonreía perversamente. —Gracias, hermosa. —Y apretó el gatillo.
Lisbeth se llevó las manos al pecho, a la vez que se tambaleaba.
—Usted prometió...
—No prometí nada —contestó fríamente el asesino.
Y disparó por segunda vez, cuando ya Lisbeth estaba tendida sobre la alfombra. El proyectil abrió un tercer ojo en su frente.

* * *

Sentado en el butacón, con las piernas cruzadas negligentemente y las yemas de los dedos unidas, Baxter contempló con ojos críticos al hombre que tenía frente a sí. Harry Bens andaba ya por los cuarenta y cinco años y tenía bolsas en los ojos. Ni la dieta, ni los baños de vapor ni los masajes, mejorarían ya una silueta con exceso de grasa, pensó Baxter.
—No sé de qué me está hablando —dijo Bens—. Jamás tuve nada que ver con Stella
Kayn. Ni siquiera la he conocido.
—Como hombre de negocios, puede que sea usted excelente, aunque no de la clase de los que llegan a ser reyes del petróleo o del carbón o del acero... Pero como mentiroso, es usted de lo peor que he visto en mi vida. Bens se encogió de hombros.
—Insúlteme todo lo que quiera —respondió—. Si con eso se desahoga, adelante. Pero no cuente que admita algo de lo que no tengo la menor idea.
Podía ser grueso y de aspecto plácido, en apariencia, se dijo Baxter, pero Bens tenía un carácter muy duro. No, no hablaría.
Decidió dar un pequeño rodeo.
—Usted conoce a Nell Dennison —dijo.
—Sí. ¿Cómo lo sabe?
—Me lo ha dicho un pajarito.
—Fuimos amantes, un tiempo. Luego ella se independizó. Es una mujer muy resuelta, con mucha energía. Ya no tengo nada que ver con ella.
—Ha montado su propio negocio, creo. Bens se encogió de hombros.
—Por mí, como si se quiere tirar de lo alto del Empire State —respondió—. Ya no me importa absolutamente nada.
—Quizá le preocupe más la venganza de Sandra Kayn. Bens se puso pálido.
Baxter sonrió. El tiro había hecho diana. Bens tenía miedo.

—Le remuerde la conciencia, ¿verdad? —dijo el visitante, a la vez que se ponía en pie.

—¡Maldita sea!—exclamó Bens, exasperado—. Yo no quería que las cosas llegasen a tales extremos...

—Pero tomó parte en las torturas. Por lo menos, violó a Stella. Bens volvió la cabeza.

—Eso sí es cierto... Queríamos el dinero. Nos hacía falta... y Hendricks nos había traicionado una vez. Sin embargo..., yo creía que la cosa acabaría después de que Stella nos dijese la cifra de apertura de la caja fuerte.

—Pero la asesinaron.

—Oiga, un puñal sólo admite una mano —dijo Bens, significativamente.

—¿De quién era esa mano? —preguntó Baxter.

—Ya está muerto —respondió el interpelado.

—Sí, los muertos resultan útiles para cargar con las culpas de los vivos —dijo Baxter con aire displicente—. Dígame, Harry..., ¿no teme usted la venganza de Sandra Kayn?

Bens se removió inquieto en su asiento.

—¿Por qué había de esperar diez años para vengarse? —gruñó.

—No sé, quizá usted tenga una opinión formada sobre el asunto. Bens guardó silencio un instante. Luego dijo:

—No puedo decirle nada más.

El visitante se puso en pie.

—De todos modos, gracias por haber accedido a recibirme —se despidió.

Baxter abandonó la residencia de uno de los autores de la muerte de Stella Kayn. Por mucho que quisiera ocultarlo, Bens tenía miedo. Y, además, callaba muchas cosas.

En otro sentido, Baxter había observado que la prosperidad de Bens no era tanta como podía parecer a primera vista. De pronto, se preguntó si no había alguien que había tomado el puesto de Sandra Kayn para quitar de en medio a cuatro peligrosos competidores.

Competidores, ¿en qué?

Meneó la cabeza con aire pesimista. Cuando se sentaba tras el volante de su coche, se le ocurrió, de pronto, hacer una visita a Terry, la barmaid del Black Hands. Una mujer de su clase tenía qué estar enterada a la fuerza de muchas cosas y, aunque no era precisamente su tipo, pensó que un poco de halago resultaría más positivo que un puñado de billetes.

* * *

Esta vez, Terry llevaba una blusa con un tremendo escote, que

ocultaba muy poco a la vista de los clientes De no haber sido por su expresión de amargura, habría resultado mucho más atractiva.

—Quiero hablar contigo —dijo Baxter—. A solas. Terry hizo un leve parpadeo de asentimiento.

—Por la puerta del fondo, en el pasillo, la última a mano derecha —indicó—. Estaré contigo antes de dos minutos.

La puerta señalada conducía a una estancia decorada con cierta modestia, pero amplia y aseada. Había un baño contiguo y un pequeño bar, bien provisto de todo. También había una cama de enormes dimensiones.

Terry llegó a los pocos momentos y, sin más preámbulos, se sacó la blusa por encima de la cabeza y se quitó el sujetador, dejando a la vista los pechos, grandes y bien formados. Luego se quitó la falda y quedó solamente con ¡os pantaloncitos de encaje.

—Vamos —dijo—, ¿qué haces, ahí vestido? Baxter sonrió.

—Parece que tienes mucha prisa —observó.

—Yo creí que eras tú el que la tenía —contestó ella.

—¿Haces lo mismo con todo el que te pide unos minutos de charla?

—Esto es sólo para el que me apetece —dijo Terry, sin inmutarse—. ¿Lo entiendes? Baxter suspiró y se aflojó el nudo de la corbata.

—Sí, lo entiendo perfectamente —respondió.

CAPÍTULO VI

Al oír la pregunta, Terry se sentó súbitamente en la cama.

—¿Por qué quieres saber detalles de esa mujer? —preguntó.

—Bueno, le hizo una mala pasada a un amigo... y yo se la devolví —contestó Baxter. Y explicó sucintamente el incidente ocurrido con Nell Dennison.

Cuando terminó, Terry rompió a reír, hasta que las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Cómo me alegro de la lección que diste a esa golfa! —exclamó—, Se lo tiene bien merecido, créeme.

—A juzgar por lo que estoy oyendo, también a ti te hace objeto de sus atenciones.

—Ciento veinte semanales... ¿Eh, qué te parece?

—Si el negocio es bueno, la contribución es mínima.

—El negocio no es tan bueno como parece, pero, aunque lo fuese, ¿por qué tengo yo que dar a esa zorra algo que no ha ganado?

—¿Has intentado oponerte a sus peticiones?

—¿De qué me hubiera servido? No se puede resistir a los dos gorilas que la acompañan constantemente.

—Creo que fue la amante de un tal Harry Bens...

Terry hizo una mueca de desprecio. Luego se inclinó a un lado para coger el paquete de cigarrillos y el encendedor.

—Nell tiene demasiada personalidad como para estar sujeta a nadie —contestó, tras encender un pitillo, que pasó en el acto a su acompañante—. Para mí, que la temporada que pasó junto a Bens fue una especie de aprendizaje sobre métodos de ganar dinero sin trabajar; tú ya me comprendes.

Baxter dejó escapar una bocanada de humo.

—Te comprendo —dijo—. ¿Es muy extensa su organización?

—Puede decirse que está empezando. Tiene muchas ambiciones y quiere llegar lejos.

—Pero, aun así, ha sabido meterse con un tipo como el gerente del Sweet Melody. Es un local de cierta importancia.

—Sí, lo conozco. Hubo un tiempo en que yo trabajaba allí, pero me despidieron. Estuve enferma unas semanas y al regresar, encontré cubierto mi puesto.

—Crowleigh parece buena persona. Me extraña que no te

admitiera de nuevo...

—Entonces, el gerente era Harry Bens. Y, aunque esté mal decirlo, Nell tenía celos de mí. —Terry frunció el ceño—. Incluso diría que la enfermedad fue provocada.

—¿Cómo? —se asombró Terry.

—Nell no me había tenido nunca demasiado afecto. Un día me invitó a tomar unas copas. Antes de cuarenta y ocho horas, yo estaba en cama con una fiebre de caballo. Luego supe que había hablado largamente con un tipo que fue expulsado de la Asociación Médica. Debió de darle alguna pócima que me provocase el tifus... Tiene la mente muy retorcida, créeme. Pero ten cuidado con ella; puede ser más peligrosa que un reptil venenoso.

Baxter puso la colilla sobre un cenicero próximo y abandonó la cama.

—Gracias por tus informes, Terry —sonrió.

—¿Te vas ya? —suspiró la barmaid.

Baxter se inclinó, y la besó suavemente en los labios.

—Ha sido una velada muy agradable —calificó.

—Pero cortísima. Se me ha pasado en un soplo —dijo ella, melancólicamente.

—Otro día vendré con más tiempo —prometió Baxter, mientras empezaba a vestirse. Media hora más tarde, salió del ascensor y se encaminó hacia la puerta de su apartamento. Cuando insertaba la llave en la cerradura, oyó un ruido extraño, una especie de jadeo, que le impulsó a agacharse, a la vez que se inclinaba a un lado.

Algo silbó por los aires y se clavó en la madera de la puerta, con seco chasquido. Baxter elevó la vista un instante y contempló la estrella de ocho puntas, con bordes afilados como los de una navaja de afeitar, que tenía a pocos centímetros de su rostro. Una fracción de segundo que se hubiera retrasado en actuar, y el shuriken le habría degollado, en el vuelo veloz y giratorio dirigido a su cuello.

Se incorporó de un salto. Al fondo, uno de los ascensores emprendía ya el descenso. El otro se hallaba a mitad de camino hacia la planta baja. Baxter comprendió que cualquier intento de persecución del hombre que había intentado asesinarle, resultaría inútil.

Abrió la puerta. Koye, en el centro de la sala, se dispuso a simular un ataque de karate, como solía hacer en muchas ocasiones, pero abandonó su postura al ver la estrella clavada en la puerta.

—Parece que alguien ha intentado hacerle daño, señor —comentó.

Baxter desclavó el shuriken.

—Es un hábil lanzador, pero está pésimamente entrenado. Respira demasiado fuerte —dijo.

Entró y cerró la puerta. Koye comprendió el significado de aquellas palabras.

—Jadea, cuando se dispone a hacer algo súbito —adivinó.

—Exactamente.

—Lo cual no deja de ser una suerte —sonrió el criado—. Pero, en otro aspecto, el señor no ha sido nada afortunado.

Baxter arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir, Tim? —inquirió.

Por toda respuesta, Koye extendió un diario de la noche, en el que se informaba de la muerte de Lisbeth Sheen, asesinada a balazos por un desconocido.

Baxter se sintió abrumado. ¿Cuáles eran los motivos de la muerte de Lisbeth?, se preguntó.

La cosa estaba clara; alguien había hecho hablar a la amiga de Sandra Kayn, después de lo cual, le había pegado dos tiros, con la intención, harto visible, de que no pudiera avisar a Sandra y evitar la identificación del hombre que había ido a averiguar su escondite.

Tremendamente apesadumbrado, se sentó en un butacón. Ahora, el asesino conocía el lugar donde se escondía Sandra. Iría a buscarla...

Y lo peor de todo era que él se sentía absolutamente impotente para evitar daños a la muchacha.

* * *

Merriman K. Hickford llegó un poco tarde a su residencia. Los negocios le habían entretenido más de lo deseado. Por ello no se sentía demasiado buen humor y contestó con un bufido a la doncella que acudió para recibirle.

—¿Está la señora en casa? —preguntó Hickford.

—Lo siento, señor; ha salido. Dijo que acudía a la llamada de una amiga suya, la señora Randall, que no se encontraba muy bien...

—Esa pécora charlatana —rezongó el dueño de la casa—. Está Bien, avíseme cuando vuelva. Estaré en mi despacho.

—Bien, señor.

Hickford cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y abrió la puerta de su gabinete privado. Era una estancia grande, severamente decorada, con pesados muebles tallados a mano. Avanzó unos pasos y entonces vio a la mujer que estaba de espaldas a la puerta, contemplando el jardín.

—¡Eh! ¿quién es usted? —gruñó—. ¿Qué hace en mi casa?

Ella no contestó. Hickford frunció el ceño. La desconocida era alta, bien formada, y vestía un sencillo traje negro. Pero, dada su postura, su rostro resultaba invisible por el momento.

Hickford avanzó unos cuantos pasos más. Cuando llegaba junto a la mujer, ella se volvió bruscamente.

Los ojos de Hickford se desorbitaron por el terror al contemplar el horrible rostro blanco, descarnado. .

Casi en el acto, sintió un vivísimo dolor en el pecho.

Gritó frenéticamente. Alargó una mano, tratando de asir a la desconocida, pero las fuerzas le fallaron, de pronto, y rodó sobre la alfombra.

El grito llegó a todos los rincones de la casa y fue escuchado por la doncella y la cocinera, quienes corrieron inmediatamente hacia el despacho. Entonces fue cuando vieron a su amo caído en el suelo.

Hickford se volvió, implorante, hacia las dos mujeres.

—Ha sido... la Muerte... —jadeó.

La doncella se desmayó. La cocinera, con más años, trató de sobreponerse al horror de la situación. En el mismo momento, se abrió la puerta de la casa.

Edith Hickford entró, echando pestes de la falsa llamada que había recibido.

—Si agarro a la que me engañó, le...

La señora Hickford vio desde el vestíbulo dos cuerpos tendidos en el suelo y lanzó un agudo chillido. En aquel instante, la cocinera estaba llamando a la Policía.

* * *

La mujer terminó de ducharse, buscó una gran toalla y secó rápidamente su espléndido cuerpo. Luego se quitó el gorro con el que había protegido el pelo, rojo casi como el fuego, del agua y sacudió la cabeza un par de veces. A continuación, metió los pies en unas aparatosas chinelas de tacón alto y salió del lujoso cuarto de baño, sin ninguna prenda de ropa encima.

De pronto, se detuvo en seco, en el centro de la sala. Había un hombre sentado en un butacón, en actitud displicente, la sonrisa en los labios, un cigarrillo en la mano izquierda y las piernas cruzadas.

Nell Dennison no se inmutó demasiado al saberse desnuda ante el intruso, aunque sus hermosos senos temblaron un segundo, a causa de la indignación que le causaba la presencia del desconocido.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado en mi casa? ¿Quién le ha dado permiso para invadir mi residencia particular? —preguntó, irritadamente.

Baxter siguió en la misma actitud.

—¿No me reconoce? —inquirió a su vez.

Ella entornó los párpados. Aquella cara le parecía conocida, pero no conseguía recordar...

—No nos hemos visto nunca —dijo, aunque su voz era insegura.

—¿De verdad? ¿Fue muy alta la fianza que le fijó el juez para salir en libertad, después de haber sido arrestada por andar desnuda en la vía pública, realizando actos inmorales con dos hombres a la vez?

Los labios de Nell se hincharon, al mismo tiempo que su pecho subía y bajaba tempestuosamente.

—¡Usted! —gritó—. Fue usted el que...

—Sí —admitió Baxter, tranquilamente.

—Atacó a mis guardaespaldas, me rasgó toda la ropa, dejándome desnuda, envió a una patrulla de policías.

—Exacto.

Nell apuntó al visitante con un rosado dedo índice.

—Escuche, usted no sabe dónde se ha metido...

De repente, dio media vuelta y echó a correr hacia su dormitorio. Cuando regresó, se había puesto una bata, pero también tenía una pistola en la mano.

—Ahora mismo se va a marchar de aquí y...

Nell calló, porque el intruso ya no estaba en el butacón. De súbito, sintió que una mano de dedos de acero le retorcía rápida y secamente la muñeca.

El arma cayó al suelo. Antes de que pudiera reaccionar, Nell se sintió violentamente empujada hacia el sillón.

—¡Siéntate ahí! —ordenó Baxter, con acento cuya perentoriedad excluía toda réplica.

Nell, amedrentada, obedeció. Aquel hombre, de aspecto más bien corriente, poseía una energía interior que afloraba claramente a la expresión de su rostro, causándole una extraña sensación de impotencia.

—Pe... pero ¿qué es lo que quiere,..? —preguntó, tremendamente desconcertada.

—Puedes tutearme. Y llámame por el nombre, Budd. El apellido es Baxter y, si quieres, te doy mi dirección y mi teléfono. Yo no tengo nada que ocultar; no voy por ahí pidiendo dinero a la gente a cambio de protección, ni hago suciedades de ese estilo.

—¿Po...licía?

—Eso ya no te importa. Por supuesto, no lo soy, pero no hace al caso. Sin embargo, quiero hablar contigo. Y quiero que me ayudes.

—¿Ayudar? ¿En qué?

—Tú fuiste, durante una temporada, la amante de Harry Bens. No es un tipo particularmente atractivo y, me imagino, tampoco demasiado fogoso.

Nell hizo una mueca de desprecio.

—Cuando una empieza a subir, los escalones primeros no

importan demasiado — contestó.

—Bonita metáfora —alabó Baxter—. Pero, supongo, aparte de otras intimidades... fisiológicas, conocerías alguna más de Bens.

—¿A qué te refieres?

—A su vida pasada.

—No era demasiado hablador...

—Hace unos diez años, Harry y tres amigos más, torturaron, violaron y asesinaron a una joven llamada Stella Kayn. ¿No le oíste mencionar, jamás, nada al respecto?

Nell juntó las cejas, como si se concentrara para pensar.

—Pues... el nombre me suena... Creo haberlo oído hace algún tiempo, más de un año, por supuesto, porque ése es el tiempo aproximado que hace que me separé de Harry... Stella Kayn —repitió la pelirroja, profundamente pensativa.

Baxter aguardó pacientemente unos momentos. De pronto, Nell chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó—. Ahora recuerdo que alguien llamó a Harry y le mencionó ese nombre. Es más, dijo que la hermana de Stella actuaba en el Sweet Melody. Yo escuché parte de la conversación por el supletorio, pero vi que no tenía apenas interés y desistí antes de que terminasen.

—¿Cómo se llamaba el hombre que habló con Harry?

—Rawson..., sí, Eric Rawson.

—Bien, sigue, ¿qué más?

—Bueno, aquella noche fuimos al Sweet Melody..., pero yo no vi que actuase ninguna artista apellidada Kayn.

—Eso es imposible, Nell.

—Te lo juro. Yo me fijé muy bien en todas las que salieron al escenario, porque, lógicamente, tenía interés en saber quién era la mujer que atraía la atención de Bens y de su amigo. Oye, ¿es cierto todo lo que has dicho de Stella Kayn?

—Rigurosamente verídico —contestó Baxter. Nell movió la cabeza.

—Pues no, aquella noche no estaba su hermana en el club. Y ya no volví a oír más el nombre de ninguna de las dos. Lo curioso de todo es que Harry no pareció defraudado por la ausencia de la Kay. Así que esos sinvergüenzas hicieron... ¿Cómo se libraron de la cárcel, Budd?

—Ausencia de testigos.

—¡Oh, comprendo! Dime una cosa, por favor.

—Sí, Nell.

—¿Cuál es tu interés en... cómo se llama la hermana de Stella?

—Sandra. Sé que ella juró vengar a Stella... y ya ha cumplido el veinticinco por ciento de su venganza, quiero decir que ya ha

asesinado a uno de los que cometieron el crimen. Me refiero a Dave Pickett.

—¡Oh, sí. he leído la noticia! ¿Fue Sandra?

—Se supone, al menos, por parte de quienes conocen sus propósitos. Y a mí me han encargado buscarla para que no siga por ese camino, que puede arruinar su vida irremediablemente.

—Detective privado, ¿eh?

Baxter no quiso sacar de su error a la pelirroja. De repente, antes de que tuviera tiempo de seguir hablando, un hombre irrumpió en el apartamento, blandiendo un periódico con la mano derecha.

—¡Neil, una noticia sensacional! —exclamó Dutch Harras—. Merriman B. Hickford ha sido asesinado por la Muerte, como Pickett.

CAPÍTULO VII

Tad Billings seguía a Harras y los dos hombres se paralizaron instantáneamente, apenas vieron a Nell acompañada de un visitante. Nell se puso en píe, indecisa por unos instantes.

De pronto, Harras soleó el periódico y sacó una pistola.

—Este tipo es el mismo que me golpeó hace un par de noches —dijo, rencorosamente.

—Guarda el arma, Dutch —dijo Billings, a la vez que sonreía con perversidad—. La otra noche nos pilló desprevenidos, pero ahora la cosa es distinta. Apártese, Nell; voy a darle a este tipo una lección que no olvidará jamás.

—Nell, aconseje a sus sabuesos que se estén quietos; no quiero hacerles daño —dijo

Baxter, calmosamente.

—Ya habéis oído, muchachos...

Pero Billings no hizo el menor caso, y avanzó hacia Baxter.

—Cuando saigas de esta casa, no te va a conocer ni tu madre —murmuró.

Y, de súbito, amagó con el izquierdo, pero disparó el puño derecho con toda la potencia de sus casi noventa kilos de peso.

Ninguno de los dos golpes encontró su blanco. Antes de que pudiera darse cuenta de que sus brazos habían golpeado el aire, Billings se sintió asido por las solapas de su traje.

Baxter estaba frente a él, pero, de pronto, se dejó caer de espaldas, arrastrando consigo a su antagonista. Cuando tocó el suelo con los hombros, alzó los dos pies

y, apoyándolos en el estómago de Billings, hizo presión hacia arriba con todas sus fuerzas.

El resultado fue un espectacular vuelo volteante del hampón, quien fue a parar a cuatro metros de distancia. La espesa moqueta del pavimento atenuó considerablemente el golpe, no obstante lo cual, Billings quedó aturdido y sin capacidad para la reacción.

—A mí no me pasará eso —gruñó Harras.

Y levantó la mano armada, con ánimo de golpear a Baxter en la frente con el cañón de su pistola.

Cuando la pistola bajaba hacia su objetivo, Baxter apartó la muñeca de su adversario con el borde cubital de su antebrazo. Al

mismo tiempo, disparaba su puño derecho hacia el plexo solar de Harras, quien se quedó sin respiración. Un segundo después, metía el cuerpo y aplicaba a Harras un volteo de cadera. El esbirro golpeó el suelo con todo el cuerpo, de espaldas, y se quedó inmóvil.

Nell se sentía estupefacta. En menos de quince segundos, aquel hombre de aspecto casi vulgar, había derrotado a dos sujetos expertos en toda clase de trucos sucios, tremendamente fornidos y, además, armados.

—Eres... increíble —dijo.

Baxter recogió una de las pistolas y la arrojó debajo de un diván. Luego desarmó al todavía aturdido Billings y se apartó a un lado.

—Diles que se vayan —indicó a Nell.

La pelirroja asintió. Harras y Billings se marcharon, avergonzados y doloridos, sin comprender muy bien lo que les había sucedido.

—Jamás había visto una cosa semejante —declaró Nell, cuando de nuevo se hubieron quedado solos—. ¡Oye!... ¿quieres aliarte conmigo? Tú y yo podríamos hacer grandes cosas...

Pero Baxter tenía centrada toda su atención en la lectura del periódico. Al terminar, lo arrojó a un lado, furioso, perdida por un instante la compostura.

—Sandra está loca, loca... Matar a cuatro asesinos, a los que, además, no se puede probar su crimen, no facilitará precisamente su porvenir.

—Esa mujer te interesa mucho, ¿no? —dijo Nell.

—Una amiga me pidió que evitara la venganza de

Sandra y... —Baxter hizo una mueca—. Ya ves, ha matado dos veces.

—Pero el diario dice que a Hickford lo mató la Muerte...

—Eso es un disparate. Todos los humanos morimos de la muerte —gruñó Baxter—. Nell, tú conoces a muchas personas. Sandra ha desaparecido. Aunque sé que la buscan, tengo la impresión de que no la han encontrado todavía. ¿Quieres ayudarme?

—¡Vaya! —resopló la pelirroja—. ¿Me pides que te ayude, después de la mala pasada que me jugaste la otra noche?

—Podía haber sido aún peor. Total, te costó unos cientos de dólares y unas horas en la comisaría. ¿Qué me dices?

Nell remoloneó un poco.

—Pero... es que no sé por dónde empezar... Además, nunca había oído el nombre de Sandra Kayn hasta ahora...

—¡Caramba, Nell, tú estás metida en ciertos ambientes! Y ella trabajaba como cantante... Tenía una voz de ángel... y la cara y la figura también. Alguien tiene que conocerla... Yo estoy tratando de interesar a la mayor cantidad de personas...

—Espera un momento —dijo Nell, a la vez que levantaba una mano—. Voz de ángel, cara de ángel...

Baxter la miró extrañado.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Budd, ¿no se te ha ocurrido pensar que Sandra podía actuar bajo otro nombre; un seudónimo artístico?

—¿Qué...?

—Si lo que yo sospecho es cierto, Sandra actuaba con el nombre de Angela di Angelis. Y si tenía éxito, era por la voz y su apariencia y la dulzura de su expresión, pero no porque su estilo fuese apropiado para el lugar donde actuaba.

Después de aquellas palabras, hubo un instante de silencio. Luego, de súbito, Baxter echó a andar hacia la puerta.

—¡Eh!, ¿adónde vas? —gritó Nell, corriendo tras él.

—Volveré a verte —contestó Baxter por encima del hombro.

—Aguarda un momento, por favor. Quiero decirte una cosa., Baxter se volvió.

—Ya he olvidado lo que me hiciste —continuó Neil—. Vuelve a verme; tú y yo podemos hacer grandes cosas.

Abrió la bata deliberadamente, dejando ver el cuerpo magnífico. Baxter sonrió.

—¡Volveré! —prometió.

Al quedarse sola, Neil encendió un cigarrillo, sonriendo para sí. Con aquel hombre a su lado... la ciudad podía ser su>a, pensó complacidamente.

* * *

Cuando Baxter llegó a la terraza, Julia Hartman estaba conversando con un hombre de aspecto distinguido y aire profesional. Julia se sorprendió enormemente al ver a su visitante.

—¡Budd! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? ¿Has conseguido algo?

—Pues, no... —Baxter se interrumpió, porque no quería hablar con Julia delante de extraños.

Ella se dio cuenta de la actitud del joven y sonrió.

—Perdona, querido —dijo— Señor Mawbry, le presento a un buen amigo. Budd Baxter. Budd, éste es el señor Mawbry, mi consejero legal.

—Encantado —dijo Mawbry.

—¿Cómo está? —murmuró Baxter.

El abogado tenía unos papeles sobre la mesa y los puso nuevamente sobre el portafolios.

—Haga lo que le he dicho, señora Hartman. Eso es algo que no

se puede descuidar —dijo.

—Gracias, señor Mawbry; lo tendré en cuenta.

—Si lo hace así, créame, el asunto Hendricks podrá ser resuelto claramente a su favor—. Mawbry dirigió a Baxter una inclinación de cabeza y se retiró.

Julia llenó una copa y se la ofreció al recién llegado.

—Tienes noticias, supongo —dijo sonriendo.

—Nada agradables. Ha muerto Hickford.

—Lo sé. He leído los periódicos. Pero ¿cómo pudo decir, en sus últimos momentos, que lo había matado la Muerte?

—¡Y yo qué sé! —contestó Baxter, malhumoradamente—. Julia, estoy muy resentido contigo —añadió.

—¡Budd! —elijo ella, sorprendida—. ¿Qué he hecho yo mal?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Por qué no me dijiste que Sandra usaba un nombre distinto para actuar en el Sweet Melody?

—Yo no te mencioné ese local; te hablé del Rana...

—Pero tenías que saberlo.

—¡Oh, sí, claro! —admitió Julia—. No obstante, como ya no cantaba y había desaparecido, pensé que So mejor sería que fueses directamente a ver a ese soplón. Pero no creas, ni por un momento, que he tratado de engañarte, Budd.

—Está bien, está bien —rezongó Baxter—. De todos modos, si me lo hubieras dicho desde el primer momento, quizá habríamos conseguido ya un éxito. Yo logré encontrar a una amiga íntima de Sandra, que sabía su escondite, pero alguien la asesinó, sin que me hubiera dicho dónde puedo encontrar a Sandra. Y ahora sospecho que el asesino sabe dónde se esconde.

Julia se agarró la cara con las dos manos.

—¡Dios mío! —murmuró—, Pero eso es horrible...

—A pesar de todo, abrigo la esperanza de que Sandra haya conseguido escapar. Sin embargo, lo único cierto es que ha desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra.

—Ha aparecido... y ha cometido otro asesinato —dijo Julia, sordamente—. Justo lo que quería evitar.

Baxter frunció el ceño.

—Hay algo que me intriga sobremanera —dijo—. Sandra actuaba en el Sweet Melody, cuyo gerente, por cierto, tampoco me habló de su seudónimo, pero sé que su estilo de cantante no era el apropiado para esa clase de locales. A pesar de ello, tenía éxito, por la voz y la figura. ¿Qué opinas tú sobre el particular, Julia?

—Sandra habría tenido éxito en un congreso de sordos —contestó la aludida, en el acto.

—Tú la viste en alguna ocasión.

—Sí. Créeme, cantaba con .una dulzura tal, que una se creía

transportada a las regiones celestiales. Pero no era voz para ese lugar ni otros por el estilo. Actúan fulanas que se desnudan, homosexuales, travestis, se dicen y cuentan chistes obscenos... Aunque siento que haya desaparecido, me alegro de que haya dejado de trabajar en el Sweet Melody.

—Está bien. Hablaré de nuevo con Crowleigh. Quizá él sepa más de lo que me dio a entender.

—¿Te vas ya? —preguntó Julia.

—No puedo perder tiempo, lo lamento.

—Como quieras, aunque si he de ser sincera, me habría gustado que te quedases un poco más...

Baxter hizo caso omiso de la insinuación contenida en aquellas palabras y salió en busca de su automóvil. A las once de la noche, se enfrentaba de nuevo con el gerente del Sweet Melody.

—Usted no me dijo que Sandra usaba el nombre de Angela di Angelis —acusó, de malísimo humor.

—Bueno, yo...

—Las excusas no sirven —cortó Baxter, tajante—. Usted se me había hecho simpático y hasta le ayudé, sin tener razones especiales para ello. Le devolví el dinero que se le había llevado Nell Dennison, incluso más, porque había una suma mayor, procedente de otras contribuciones. ¿Por qué no me ayuda de una vez? Si tanto quiere a Sandra, no debe permitir que siga asesinando a la gente, por grandes que sean sus motivos.

—La verdad es que no sé dónde está —contestó Crowleigh, de mala gana—. Ella no se sentía a gusto en mi local.

—A decir verdad, la comprendo. Algunos de los números que se presentan al público son repugnantes.

Crowleigh se encogió de hombros.

—Pero tienen éxito —contestó—. Yo no tengo la culpa de que la gente sea hoy tan pervertida. Y mi interés es ganar dinero, no sé si se habrá dado cuenta de ello.

—Ya —dijo Baxter, sarcásticamente—. La procedencia del dinero no importa, siempre que llegue en abundancia. Quizá por eso le dejó plantado Sandra.

—No, no fue por ese motivo, aunque bien pudo influir en su decisión.

—Bueno, hable de una vez. ,Deje de divagar, hombre.

—Sandra creía tener mejor porvenir cantando en serio. Pero le hacían falta ciertos estudios. Era preciso que educase su voz.

—¡Oh!, tenía aspiraciones.

—Sí.

—¿Que le dijo ella sobre el particular?

—Había estado hablando con una profesora de canto, una

notabilidad en su género. Se llama Laura della Francesca y reside en los apartamentos Burlington. En ocasiones, ha sido asesora del Metropolitan Opera House. Es mujer de mucho prestigio en los ambientes del bel canto.

—¿Y...?

—Quizá la signora della Francesca pueda decirle algo. A mí me negó toda información sobre el particular.

Baxter se puso en pie.

—Gracias por la información —dijo.

Crowleigh emitió una maldición, en voz baja. Baxter le miró, extrañado.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó.

—Voy a perder a Sandra...

—¿Le amaba ella a usted?

—Bueno, no le desagradaba del todo. Pero... si consigue sus propósitos... Usted ya sabe cómo son las divas; fuera del arte, no hay nada para ellas.

—Algunas, muchas diría yo, se casan, tienen hijos... Pero no por ello interrumpen su carrera.

—Si ella triunfa, yo la habré perdido para siempre —insistió el gerente.

—Es decir, preferiría su fracaso, ¿eh? Si eso es amor, yo soy lama budista —dijo Baxter, irónicamente.

Crowleigh empezaba a no resultarle ya simpático. Pero ni el éxito o el fracaso de Sandra como prima donna tenían la menor importancia ante los crímenes que ya había cometido.

Al salir del local buscó su coche en la zona de estacionamiento. Se disponía a abrir la portezuela ya, cuando, de pronto, algo rodeó su cuello y lo apretó con fuerza.

CAPÍTULO VIII

En una fracción de segundo, Baxter supo que aquello que ceñía su garganta era un cordón de seda. Las manos olían a transpiración. ¿Dónde había percibido él, antes, aquella fetidez?

El aliento de su atacante rozaba la parte superior de su cráneo. Por tanto, se trataba de un tipo muy alto y muy fuerte. No podía ser otro que Thong, el esbirro de Fraley.

Pero la iniciativa, y nunca mejor dicho, estaba ahora en manos del gigante. A los pulmones de Baxter ya no llegaba la menor partícula de aire.

Por fortuna, pensó, Thong no era demasiado listo. De otro modo, podía haber usado un alambre, con lo que la fractura de tráquea podía haberse ejecutado instantáneamente. Por lo visto, quería estrangularle solamente, confiando en la sorpresa y en su nada desdeñable potencia física.

En lugar de intentar saltar hacia adelante, que era tal vez lo que esperaba Thong, hizo presión con los tacones en el suelo y se impulsó hacia arriba, a la vez que echaba atrás la cabeza. El resultado fue que su nuca golpeó con fuerza la nariz del atacante, de cuya garganta se escapó un gruñido de dolor.

Baxter repitió el gesto una fracción de segundo después. La presión del lazo se aflojó.

Thong, exasperado, le echó las manos al cuello.

Pero, aunque no había perdido la iniciativa por completo, ya no tenía tampoco la ventaja. Baxter alzó sus manos y buscó los antebrazos del gigante. Los dos pulgares presionaron, fuerte y secamente, contra la carne, y Thong sintió en el acto un vivísimo hormigueo que le corría a lo largo de los brazos hasta los hombros.

Abrió las manos. Baxter dio un salto adelante, girando al mismo tiempo. Luego movió el brazo derecho como si fuese un garrote, en semicírculo horizontal, los dedos de la mano tiesos como varillas de hierro. No sabía aún qué sector de su miembro alcanzaría el blanco deseado.

Fue el antebrazo, junto a la muñeca, lo que golpeó brutalmente la mandíbula de Thong, que se desencajó de inmediato. Enloquecido por el dolor, el gigante cayó de rodillas, a la vez que de su garganta brotaban sonidos inarticulados.

Baxter se sentía furioso. Había estado a punto de morir. No se

trataba de darle un susto, sino que habían querido matarle. Alzó el pie derecho y su tacón golpeó, sin piedad, la frente de Thong. Alcanzado de lleno en el entrecejo, Thong saltó hacia atrás y cayó de espaldas como un saco de patatas. Sus gruñidos cesaron en el acto.

Baxter hizo una profunda inspiración. Inclinóse sobre el caído y vio la grotesca torcedura de su boca. Puso una mano sobre su pecho; el corazón latía rítmicamente. Bien, ahora Thong se pasaría unos días en el hospital. Y durante algún tiempo, iba a odiar hasta la simple acción de abrir la boca para tomar leche con una pajita.

Entró en el coche y arrancó. Mientras se dirigía hacia su casa, empezó a pensar en la profesora de canto.

Pero ¿de verdad valía tanto Sandra, como para convertirse, un día, en una diva de ópera?

* * *

Una atildada doncella, vestida con el uniforme clásico, recibió a Baxter, haciéndole señas con el dedo índice de la mano derecha sobre sus labios. El visitante oyó una voz femenina al otro lado de unos espesos cortinajes de color rojo, con grecas en oro, a la vez que las notas de un piano, y sonrió comprensivamente.

La doncella acercó sus labios a la oreja izquierda de Baxter:

—Entre, siéntese, y no hable hasta que termine la lección de canto —siseó.

Baxter asintió. Pisando de puntillas, se encaminó a través del amplio vestíbulo hacia la sala donde la profesora daba sus lecciones. Baxter había juzgado vestirse adecuadamente para la ocasión: traje azul medio, con un clavel rojo oscuro en la solapa, chaleco, un brillante en la corbata de seda azul, guantes de color gris perla, sombrero de ala abarquillada y bastón con puño de plata. Apartó suavemente la cortina y se sentó en una banqueta tapizada en terciopelo.

Laura della Francesca estaba al piano, mientras la discípula, en pie, entonaba la melodía con la partitura en las manos. La discípula era una muchacha delgada, bastante alta, con grandes lentes de montura negra y pelo ratonil. Su voz era muy hermosa, pero como mujer resultaba poco agradable.

En cuanto a la profesora, era una voluminosa cincuentona, con doble papada y un enorme pecho, tan grande, que Baxter dudó pudiera ver las teclas que tenía inmediatamente debajo. En aquellos momentos, la discípula interpretaba el «Caro nome», de Rigoletto.

La ejecución del aria fue impecable, reconoció el visitante cuando la cantante terminó poco después. Admirado, Baxter no pudo por menos que aplaudir, aunque con la debida mesura.

Entonces, las dos mujeres se volvieron hacia él.

—Caballero... —dijo la profesora. Baxter se puso en pie.

—Señora della Francesca, mi nombre es George Washington Baxter y desearía que me concediese unos minutos de su precioso tiempo —manifestó.

Laura se levantó también y movió la mano izquierda.

—Retírate, Paola —dijo.

—Sí, tía —contestó la discípula.

Laura tomó unos, impertinentes con mango de marfil, que tenía sobre el piano de cola, y contempló especulativamente a su visitante.

—Y bien, señor Baxter, ¿en qué puedo servirle? ¿Tal vez tiene usted alguna persona de su conocimiento que desea mis servicios como profesora de canto? —preguntó.

—Nada de eso, señora. Lo único que deseo es..., pero no me atrevería a ofenderla... Es un poco delicado, aunque le ruego que trate de comprender mi postura... —Baxter simuló una sonrisa de circunstancias—. A decir verdad, soy un investigador al cual han encomendado que busque a una persona que usted conoce.

—Conozco a tanta gente... —suspiró Laura—. De modo que investigador —añadió.

—Así podría llamárseme, señora. Laura volvió a mirarle.

—Para ser un detective privado, resulta usted muy agradable. Parece un caballero de verdad —dijo.

Baxter hizo una profunda inclinación.

—Señora della Francesca, no sabe cuánto honor me hace usted con sus amables frases

—contestó—. Por favor, ¿puedo hacerle la pregunta?, Laura agitó su mano, cargada de anillos.

—Hágala —invitó, benevolente—. Lo más que puede ocurrir es que no le conteste.

—Se trata de una muchacha... Su nombre es Sandra Kayn, aunque sé que utilizaba otro nombre, artístico, por supuesto: Angela di Angelis. Trabajaba en un...

—No siga, por favor, ya sé lo que me va a decir. Sí, conozco a la señorita Kayn y hasta le di una serie de lecciones. Ciertamente, tiene una bonita voz, es muy guapa, algo torpe para moverse en una escenario, pero eso es cosa que se aprende con la práctica... De todos modos, no sirve para cantante de ópera; todo lo más y con grandes esfuerzos, podría interpretar lieds de Schubert, Schuman, canciones ligeras... Tiene la voz ideal para cantar Hogar, dulce hogar, Canción de cuna, de Brahms, Navidades blancas, la clásica Noche de paz y hasta algún himno patriótico, pero en cuanto a sus pretensiones de llegar a ser algún día una prima donna, debo decirle que me vi en la desagradable obligación de desengañarla. Eso es todo, señor

Baxter.

—Lástima. Creo que la señorita Kayn tenía una gran ilusión...

—Creyó que era más de lo que es en realidad. Lo siento de veras.

—Gracias, señora della Francesca. Pero, más que lo que me ha contado, me interesaría saber dónde puedo encontrar a la señorita Kayn.

Laura movió la cabeza pesadamente.

—Ya le he dicho todo lo que sé yo —respondió—. Hace algún tiempo, al terminar la serie de lecciones contratadas, Sandra se despidió y no he vuelto a verla.

—Le dejaría su dirección...

—La tenía, pero me informó que abandonaba el país, aunque no me dijo concretamente adónde se iba. —La profesora hizo una mueca —. Para mí que se fue a Italia, quizá a buscar otro profesor más complaciente y menos rígido que yo. En mi país, señor Baxter, hay magníficos profesores de canto..., pero también hay pillos y estafadores que engañan a los jóvenes que creen llegar a ser algo... En fin, usted puede imaginárselo tan bien como yo; no hay profesión humana sin sus ovejas negras.

Aunque decepcionado, Baxter supo reír cortésmente.

—Indudablemente, señora —contestó—. También entre nosotros hay verdaderos granujas... De todas formas, le agradezco infinito su benevolencia. Es usted la amabilidad personificada.

—Muchas gracias, señor Baxter. Y, por favor, dígame, ¿por qué busca a la señorita Kayn?

—¡Oh...! Una herencia... No es gran cosa; no se podrá comprar un yate de lujo, pero sí debe percibir algunas decenas de miles.

—¡Oh, muy interesante! A decir verdad, Sandra me simpatizó muchísimo. Es una chica verdaderamente hermosa y muy buena. No comprendo cómo podía actuar en un antro como el Sweet Melody. Aunque, ya se sabe, la perla brilla más en el fango.

—Pero si está mucho tiempo, puede perder su brillo.

—Eso también es cierto... ¡Oh, señor Baxter! —dijo Laura—, perdóneme la descortesía...

La profesora se acercó a una mesita, en la que había un batintín, cuyo disco golpeó con el macillo. Instantes después, apareció la doncella.

—Meg, por favor, dígale a mi sobrina que nos sirva unos refrescos —ordenó.

—Sí, señora.

La cantante apareció a los pocos momentos, con una bandeja en las manos. Laura dijo:

—Paola, permíteme que te presente al señor Baxter, Señor Baxter, mi sobrina y discípula, Paola Cavanni.

—Encantado —dijo la muchacha.

—Es un placer, señorita Cavanni —contestó Baxter.

—Paola dará su primer concierto en el Carnegie Hall, del Rockefelier Center, dentro de dos semanas. Si tiene éxito, y puedo anticiparle que así será, el director del Metropolitan, gran amigo mío, le ofrecerá una oportunidad en una audición de Rigoletto —dijo Laura.

Baxter levantó su copa.

—En tal caso, debo brindar por su éxito, señorita Cavanni —sonrió—. Pero ¿me permiten las dos hacer una observación?

—Sé lo que va a decir —exclamó Laura, vivamente—. Las gafas, ¿verdad? No se preocupe; cuando tenga que actuar, Paola se pondrá lentillas de contacto.

Baxter estudió unos segundos a la discípula. Buena estatura, pero aspecto vulgar, que se salvaba un poco debido a su juventud. Sin embargo, se dijo, además de una buena profesora de canto, Paola debía buscarse también alguien que la enseñara a vestirse. Podía tener poco pecho, pero un vestido y un escote adecuados, además del peinado bien hecho y un maquillaje realizado por un experto, podían cambiar su aspecto radicalmente.

—Era justo lo que pensaba decir —sonrió. Dejó la copa a un lado y tomó la regordeta mano de Laura para besarla—. Señora, mi gratitud imperecedera por sus atenciones. Señorita...

Baxter abandonó el estudio, sumamente defraudado. ¿Dónde diablos había ido a parar Sandra?, se preguntó.

* * *

—Lo siento, todavía no he conseguido encontrar el menor rastro de tu amiga —dijo, aquella misma noche, mientras cenaba con Julia, al borde de la piscina—. Pero puede que le haya ocurrido lo peor.

—¿Tú crees?

—No estoy seguro... Dime tu opinión, por favor. Lisbeth Sheen

fue asesinada por un desconocido, después de que yo hubiese estado conversando con ella. ¿Fue forzada por el asesino a dar la dirección de Sandra?

—Quizá —contestó Julia, con voz insegura.

—Y luego, el asesino disparó contra Lisbeth, para evitar su posterior identificación. Ahora bien, supongamos que el asesino consiguiese averiguar el paradero de Sandra. La encontró y...

—Y la mató.

—Pero no se ha tenido la menor noticia de ese crimen, a menos que se haya cometido en algún lugar situado lejos de Nueva York, tal vez en el campo... y el cadáver de Sandra esté, ahora, bajo seis palmos de tierra, en un sitio que no somos capaces de imaginarnos.

Julia se estremeció.

—Budd, no seas siniestro —dijo.

—Hemos de ser realistas —contestó Baxter—. Por otro lado, sin embargo, abrigo la posibilidad de que Sandra siga viva todavía. De todos modos, seguiré investigando.

—¿Necesitas más dinero?

—No, gracias. —Baxter se limpió los labios—. Tienes un magnífico cocinero —añadió sonriendo—. Si yo estuviese en tu lugar, lo despediría.

—¿Por qué? Cuanto mejor es un cocinero.

—Más se corre el riesgo de perder la línea, preciosa. Julia se echó a reír.

—Has tenido ocasión de comprobar que no me sobra una onza de grasa —contestó alegremente.

—La buena cocina es como las drogas, no dejes de tenerlo en cuenta —se despidió

Baxter.

Cuando llegó a su casa, Koye le dio una noticia:

—Tiene información del señor Gray, señor —dijo.

—Gracias.

Baxter se dirigió inmediatamente al cuarto de comunicaciones. La agencia ya había cerrado, pero la grabadora había impresionado automáticamente el mensaje de su director:

—Alex Hendricks era padrastro de Stella y Sandra Kayn. Casó con la madre de las dos chicas cuando éstas eran todavía muy pequeñas. La madre murió hace un par de años. A Hendricks, en efecto, le robaron doscientos mil dólares en billetes de su caja fuerte, pero dejó un testamento, nombrando a su esposa heredera de todos sus bienes, que ascienden, en total, a casi un millón de dólares, la mayor parte, según he llegado a saber, en bonos bancarios al portador, aunque, desde luego, no he podido averiguar dónde están depositados. Eso es todo.

Baxter se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo. No hacía muchos días, uno, dos tal vez, había oído mencionar a alguien el asunto Hendricks. ¿Dónde y a quién se lo había oído?

Por el momento, no se sentía capaz de recordar el dato. Paró la grabadora y la pantalla se apagó.

Koye aguardaba en el salón.

—Voy a cambiarme de ropa —anunció Baxter—. Tengo que salir. Ropa corriente, cómoda; he de hacer una incursión.

—En territorio prohibido —sonrió el criado.

—Ahora, deshabitado —contestó Baxter con melancolía, al pensar en la hermosa Lisbeth Sheen.

CAPÍTULO IX

La ropa que vestía Baxter consistía en una cazadora de cuero negro, pullover de cuello alto y tejido muy fino, y pantalones oscuros, junto con unos blandos mocasines, que proporcionaban gran comodidad a sus pies. Eran más de las once de la noche, cuando se detuvo ante la puerta del apartamento que había ocupado Lisbeth.

Cuando era preciso, Baxter sabía abrir una puerta sin su llave. Momentos después, franqueaba el umbral.

Cerró a sus espaldas. Tanteó con la mano, halló el interruptor y lo accionó. La luz disipó las tinieblas. Todavía en el mismo sitio, paseó la vista por el interior del apartamento, que había sido puesto en orden, con vistas, por parte del dueño, a obtener un nuevo inquilino.

Meneó la cabeza. Todo habría sido revisado minuciosamente en busca de pistas por la Policía Luego, las mujeres de la limpieza habrían acabado por borrar los posibles rastros pasados por alto a los investigadores. Estaba perdiendo el tiempo, se dijo desanimadamente.

Pero ya que estaba allí; no se iba a marchar sin haber intentado hacer algo.

Una hora más tarde, empezó a pensar en la conveniencia de abandonar la empresa. De pronto, reparó en un estante en el que había una docena de libros.

Realmente, Lisbeth no debía de haber sido muy aficionada a la lectura. Algunos de aquellos libros estaban como en el momento de salir de la imprenta. Otros, sí, habían sido leídos o, por lo menos, hojeados. Sin la menor esperanza, abrió el primer ejemplar.

En el cuarto libro encontró algo que avivó sus esperanzas. El

ángulo de una de las hojas aparecía doblado, como si la persona que lo leía hubiera hecho una señal de página. Al abrirlo por aquel punto, su optimismo volvió a disiparse: no había allí nada que pudiera proporcionarle una pista.

Frustrado, se disponía a cerrar el libro, cuando, de pronto, creyó notar algo poco corriente. Colocó el libro, abierto de par en par, en una posición adecuada, y vio en una de las páginas la huella de la presión de un lápiz.

Casi estuvo a punto de gritar de alegría. Al pasar la yema de los dedos por el reverso de la página, notó el inconfundible relieve que se produce en el papel, cuando se escribe en una cuartilla colocada encima con un lápiz de punta dura. Pero aquél no era el lugar adecuado para hacer un examen a fondo, por lo que decidió llevarse el libro a su casa.

Cuando llegaba a la puerta, oyó un ruido en la cerradura. Rápidamente, apagó la luz y se situó a un lado.

La puerta se abrió al cabo de un par de minutos. Era evidente que el recién llegado tampoco tenía llave. Baxter aguardó un poco, hasta que el intruso hubo franqueado el paso. Entonces y antes de que encendiera la luz, le golpeó con los filos de las dos manos bajo las orejas.

Se oyó un gruñido. El hombre se desplomó, fulminado. Baxter cerró y encendió la luz.

—Vaya, ¿quién lo hubiera pensado? —murmuró, al reconocer a Fraley.

Aunque bien mirado, no resultaba tan ilógico como pudiera parecer a primera vista. Sonriendo, apagó la luz y salió al pasillo. Fraley tardaría todavía un buen rato en recobrar el conocimiento.

Una hora más tarde, en su casa, por el procedimiento del polvo de grafito, que hizo aparecer las letras del relieve, y un espejo, ya que las palabras escritas aparecían al revés, vistas directamente, encontró algo que le hizo concebir por primera vez las mejores esperanzas para hallar a Sanara Kayn, alias Angela di Angelis,

Era una dirección. Sin duda, Lisbeth la había escrito en un trozo de papel, cuando alguien se la comunicó y ella estaba leyendo el libro, de modo que el papel y el lápiz quedaron apoyados sobre aquella página. El ángulo doblado, había servido para encontrar el punto donde la nota había quedado escondida prudentemente.

El papel, sin embargo, había desaparecido, y ahora venían las dudas. ¿Se lo había llevado el asesino, después de matar a Lisbeth? ¿O tal vez la muerta, habiendo llegado a un punto en que no le hacía falta ya la nota, la había destruido por sí misma?

Eran unos enigmas que no podrían tener solución hasta que hubiese viajado a Maccony Bluffs, Snake Road, condado de

Sharplewood. La distancia, en coche, era de casi doscientas millas, lo que significaba bastante más de tres horas de viaje, teniendo en cuenta que debería moverse por carreteras secundarias y Dios sabía en qué estado. Por un momento, pensó en el helicóptero, pero desistió en el acto, al pensar en la espectacularidad de un aparato semejante.

Y lo que le convenía, sobre todo, era la discreción.

* * *

El camino, de tierra batida, hacía una curva pronunciada al llegar a lo alto de la colina. Salvada la curva, cerca ya del mediodía, Baxter avistó la cabaña, en un pequeño claro del bosque espeso que cubría el suelo casi por completo.

Detuvo el coche en un lugar sombreado y saltó al suelo. Las ventanas de la cabaña disponían de postigos de madera, cerrados en aquellos instantes. Había una pequeña baranda y, tras subir los tres escalones que la separaban del suelo, abrió la puerta.

El interior, aparecía en perfecto orden. Había una gran sala, con chimenea de piedra y abundantes pieles. En uno de los rincones vio algo que llamó extraordinariamente su atención.

Era un equipo de grabación y escucha, de alta fidelidad, incluso con auriculares. Sobre una consola próxima, Baxter divisó numerosas cassettes, parte de las cuales no estaban etiquetadas. Las que sí lo estaban contenían grabados trozos de ópera, para contralto.

Baxter conectó el aparato e insertó, en el alvéolo correspondiente, una de las cassettes que no tenían indicación. A los pocos segundos, escuchó una voz purísima, que parecía salida de la garganta de un ángel. Arrobado, se sumió en el incomparable placer de oír la

«Habanera», de Carmen, de Bizet. Se preguntó qué tal resultaría Sandra interpretando en la escena el papel de la ardiente y apasionada gitana española. Le pondrían una peluca negra, un clavel sobre la oreja...

De repente, una voz bronca le arrancó al éxtasis en que había caído:

—Lo siento, la función ha terminado.

Baxter se sobresaltó, a la vez que volvía los ojos hacia la puerta. En el umbral, Digson Mallory, sonriendo malignamente, le apuntaba con un revólver.

Su compinche, Val Rafe, estaba detrás, y también tenía un arma en la mano.

* * *

Baxter, prudente, alzó los brazos en el acto.

—Me rindo —dijo.

—Así está mejor—. Mallory movió el revólver—. Val, mira a ver si lleva algo encima.

—Nunca llevo armas —declaró Baxter.

—Por si acaso —dijo Rafe, mientras daba un rodeo para situarse a sus espaldas—. Digson, tira sin vacilar si me ataca.

—Descuida, compadre.

—Soy muy prudente, cuando es preciso —sonrió Baxter, mientras el hampón le registraba—. ¿Cómo me han encontrado? —preguntó.

—Le vimos salir anoche de la casa de Lisbeth —explicó Mallory—. Sam había subido a su apartamento y nosotros teníamos que aguardarle. Como tardaba mucho, subimos a ver qué sucedía y nos lo encontramos sin sentido. Dijo que alguien le había atacado. No podía ser otro que usted.

—Me vieron salir, ¿eh?

—Sí. Yo me fijé en que llevaba un libro en las manos. Pensamos en pedírselo por la fuerza, pero Sam, acertadamente, dijo que lo mejor sería vigilarle constantemente. Le hemos visto salir temprano de su casa...

—Y aquí estamos —añadió Rafe—. Digson, no lleva nada encima.

—Muy bien, entonces, ahora mismo, nos va a decir dónde está Sandra Kayn —dijo Mallory.

—¡Ah, ustedes también la buscan! —exclamó Baxter.

—Exactamente.

—¿Por orden de...?

—Sam Fraley.

—Las cejas de Baxter se alzaron.

—¿Qué interés tiene Fraley en esa chica? —se sorprendió.

—No lo sé, ni me importa. Quiere encontrarla, paga y eso es todo.

—Lo lamento, amigos míos —dijo Baxter—. Yo también deseo encontrarla, pero, hasta ahora, todos mis esfuerzos han resultado infructuosos.

—No irá a decirme que...

—Mire, amigo; si hubiese encontrado a Sandra, es claro que no estaría aquí. ¿Lo entienden, ahora?

—Pero ha podido encontrar algún rastro...

—Ustedes me han seguido de cerca. Han llegado cuando yo estaba escuchando música. No he tenido tiempo de empezar a buscar nada—. Baxter hizo un cortés ademán—. Pero si quieren hacerlo ustedes, no se lo voy a impedir, claro.

Mallory vaciló un instante. Luego dijo:

—Val, vigílalo bien. Yo me ocuparé de registrar la cabaña.

—De acuerdo. —Rafe movió la mano armada—. Salgamos fuera, para que mi amigo trabaje con más comodidad.

—No hay inconveniente —sonrió Baxter. Y, sin bajar las manos, caminó hacia la salida. Una vez fuera, se acercó a su coche y apoyó las caderas en el motor—. Así estaré más cómodo, ¿no le parece?

Rafe hizo una mueca. Al cabo de unos minutos, empezó a sentirse nervioso. Baxter lo notó en el acto.

—Esto no le gusta —dijo.

—No es lo mío —gruñó el hampón.

—Pero le pagan... ¿Fraley?

—Sí, y no me pregunte si hay más gente mezclada en esto porque no lo sé. Y aunque lo supiera, no se lo diría.

—Chico discreto —sonrió Baxter.

Pasaron unos minutos. Baxter notó que la vigilancia de Rafe empezaba a relajarse.

En el suelo había algunas piedras. Baxter cambió de postura. La puntera de su zapato derecho quedó junto a un pedrusco. Del interior de la casa salían, a veces, algunos ruidos. Súbitamente, se oyó un estruendo de cristales rotos, seguido de una sonora maldición proferida por Mallory.

Baxter decidió aprovechar el instante de distracción de su vigilante. Metió la puntera del zapato bajo la piedra y luego movió la pierna brusca y violentamente. El pedrusco salió disparado como un proyectil y alcanzó de lleno a Rafe, en plena mandíbula.

Se oyó un grito de dolor. Rafe se tambaleó visiblemente. Baxter saltó hacia él, con los dos pies juntos, y le colocó el impacto en el pecho. Esta vez, Rafe quedó fuera de combate.

Inmediatamente corrió hacia la casa, pero no directamente a la puerta, junto a la cual se situó, en el preciso instante en que Mallory, atraído por el ruido, salía fuera. Para Baxter resultó fácil dejarle fuera de combate, con un ligero golpe en la parte posterior del cuello, aplicado con el filo de la mano derecha. Mallory dio un pequeño saltito y se desplomó fulminado.

A continuación, Baxter entró en la casa y se apoderó de unas cuantas cintas grabadas por Sandra Kayn. Volvió a salir y, ya se disponía a subir a su coche cuando, de pronto, reparó en el de los hampones.

Una sonrisa maliciosa distendió sus facciones. Acercándose al vehículo, deshinchó una de las ruedas. Luego abrió el maletero e hizo la misma operación con la rueda de repuesto. Era una broma pesada, pero se lo merecían, pensó, mientras las armas volaban hacia unos espesos matorrales.

Al finalizar la operación, subió a su coche y dio el contacto. Segundos después, emprendía el viaje de vuelta.

CAPÍTULO X

Todavía le quedaban por entrevistar dos personajes, ambos relacionados con la muerte de Stella Kayn. Tras una cuidadosa selección, Baxter eligió por fin a Eric Rawson.

Se había procurado, previamente, informes del sujeto. Rawson era propietario de un distinguido club, con selectas atracciones, en el que, además, se rumoreaba había un par de salas de juego, a las que sólo tenían acceso determinados clientes, muy bien conocidos y de toda su confianza. Aquella noche, vestido de etiqueta, acudió al Scorpio´s, nombre que el propietario había puesto a su local.

Durante largo rato, Baxter se entretuvo en contemplar las atracciones que aparecían en el escenario. Luego empezó a maniobrar en busca del despacho privado del dueño.

En la puerta, de gruesos paneles de roble, se topó con un rígido centinela. Sólo le faltaba un casco y el fusil, pensó. Pero debajo de la bien cortada chaqueta negra, con solapas de raso, llevaba sin duda una pesada automática.

—¡Hola! —dijo, con su mejor sonrisa—. ¿Puedo ver al señor Rawson? El centinela le miró como si fuese un despreciable insecto.

—Quizá —contestó displicentemente.

—Bueno, pregúntele.

El esbirro hizo una señal con la mano.

—Aléjese cinco pasos —ordenó.

Baxter retrocedió. Entonces, el centinela entreabrió la puerta y anunció una visita. Alguien contestó afirmativamente desde el interior. Otro hombre salió y registró cuidadosamente a Baxter. Al fin, le indicó la puerta.

Baxter pasó al otro lado. Rawson le miró con curiosidad.

—Usted es nuevo en mi casa —dijo.

—Sí —admitió el visitante.

—¿Y se llama...?

—Baxter.

Rawson se reclinó en el sillón que ocupaba, y se dispuso a encender un habano. Era un hombre de menos cuarenta años, elegante y atractivo.

—Hable —dijo, mientras acercaba la llama del encendedor al cigarro.

—Se trata de Stella Kayn.

—¡Oh...!

—Usted la conoció, señor Rawson.

—No admitiré nada al respecto. ¿Qué más, señor Baxter?

—Estoy buscando a su hermana.

—¡Ah! pero... ¿tenía una hermana?

—Sí. Y, según parece, es la que ha dado muerte a dos viejos conocidos suyos: se llamaban Pickett e Hickford.

Rawson expulsó lentamente el humo.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¿Hay mucho más que decir?

—Usted sabrá —contestó Rawson, con indiferencia—. En cuanto a mí, puedo decirle que no sé nada de ese asunto. Naturalmente, ya me imagino que usted no me va a creer, pero sus opiniones al respecto me importan un comino. ¿Está claro, señor Baxter?

El visitante sonrió.

—Señor Rawson, ¿puedo preguntarle si tiene miedo?

—Miedo, ¿de qué?

—De morir asesinado por una chica que juró vengar a su hermana, violada, torturada y asesinada posteriormente por cuatro desalmados.

—No temo ni al mismísimo diablo que se presentase aquí, ahora mismo —respondió

Rawson cortantemente—. Y, créame, estoy bien protegido.

Alargó la mano y presionó un botón que había sobre la mesa. La puerta se abrió de inmediato.

—¿Sí? —dijo el hombre que había salido del despacho momentos antes.

—Dull, acompaña al señor Baxter hasta la sala de ruleta —dijo Rawson—. Haz que el jefe de croupiers le obsequie con una ficha de cien dólares.

Baxter se inclinó, a la vez que ponía la mano derecha sobre el corazón.

—Semejante muestra de generosidad me deja abrumado — murmuró.

—¡Ojalá gane! —deseó Rawson, burlonamente.

Al salir, Baxter pensó que, probablemente, Rawson era el más duro e inteligente de los cuatro asesinos de Stella Kayn. Y, ciertamente, había sabido invertir los cincuenta mil dólares de su parte del botín.

Después de que se hubo marchado su visitante, Rawson dio una orden:

—Dull, encárgate dé vigilarlo.

—Bien, jefe.

El esbirro salió. Rawson situó el cigarro en el ángulo izquierdo de su boca y agarró una pluma y un libro de cuentas.

Durante unos minutos, estuvo trabajando intensamente, concentrado en los números. De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo.

Alzó la cabeza. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al ver a la mujer, alta y delgada, parada junto a la ventana, medio vuelta de espaldas a él, de modo que su rostro no se podía divisar, dada la postura.

—¡Eh.,.! ¿qué hace usted aquí? —preguntó.

Ella guardó silencio. Un tanto irritado, Rawson se puso en pie, preguntándose cómo había conseguido entrar la mujer en su despacho.

De pronto, recordó su lavabo particular, que tenía una salida secreta, conocida por muy pocas personas. Era una salida de emergencia, para caso de una huida rápida, ante una posible incursión por parte de la Policía.

Furioso, se acercó a la mujer y le puso una mano en el brazo izquierdo. Entonces, ella se volvió.

Rawson gritó al ver la calavera que sustituía al rostro que se suponía bellísimo. Pero en el mismo instante sintió un agudísimo pinchado en el pecho.

Se tambaleó, con los ojos desorbitados por el terror, sabiendo que iba a morir. A pesar de todo, manoteó desesperadamente, intentando agarrar a la mujer, pero ella se alejaba con vertiginosa rapidez. Cada vez estaba más lejos, más lejos...

* * *

El croupier anunció la jugada y, con la raqueta, empujó una pila de fichas hacia el afortunado ganador, Dull torció el gesto. En aquella pila había, al menos, treinta fichas de cien dólares.

—Creo que ya tengo bastante —dijo Baxter, con aire complacido. Tiró una ficha al croupier y luego miró de soslayo a su vigilante—. No sé cómo darle las gracias al señor Rawson —añadió.

Dull apretó los labios, pero no dijo nada, ni siquiera cuando Baxter le puso otra ficha entre las manos.

—Para usted, amigo mío —dijo—. Con su permiso, voy a que me cambien las fichas. De pronto, cuando ya se acercaba a la caja, tropezó con alguien.

—¡Vaya! —exclamó Julia—. ¡Parece que ha sido tu día! Baxter parpadeó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Budd, estabas tan abstraído en el juego, que no te diste

cuenta de mi presencia — respondió ella.

—Pues... sí, creo que tienes razón. —Baxter levantó las dos manos, repletas de fichas—. Voy a cambiar y te invitaré a una botella del mejor champaña, para celebrar las ganancias. ¿Qué te parece?

—Maravilloso, querido.

Minutos más tarde, Julia estaba enterada de la incursión que Baxter había realizado a la cabaña de Maccony Bluffs,

—De modo que se retiró allí para concentrarse en sus estudios —dijo la joven.

—Eso parece. Sin embargo, en ninguna de las cintas grabadas he podido oír su voz.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, la señora della Francesca desengañó a Sandra acerca de sus pretensiones de llegar a ser una diva. Ahora bien, yo me imagino que ella debió de insistir en sus estudios, oyendo constantemente las cintas grabadas por cantantes famosas y también, lo juraría, por la sobrina de Laura della Francesca, una chica de aspecto vulgar, pero con grandes posibilidades en el bel canto.

—Sí, tal vez. Entonces... ¿es posible que Lisbeth consiguiera avisarla después de tu visita?

—Eso creo. Por tanto, Sandra abandonó su refugio y volvió a esconderse, de modo que el asesino de Lisbeth no pudo encontrarla.

Julia se mordió pensativamente el labio inferior.

—Hay algo que me extraña sobremanera, Budd —dijo.

—¿Sí, preciosa?

—¿Cuál es el papel de Fraley en todo este asunto?

—Para mí, está a sueldo de alguien —contestó Baxter—. Sinceramente, no le creo capaz de actuar por propia iniciativa en un caso de cierta envergadura.

—Creo que tienes razón, pero, en tal caso, ¿quién es el patrón de Fraley?

—No lo sé —sonrió el joven—. Tú le conoces mejor que yo, me parece. Ella hizo un gesto de desagrado.

—Budd, jamás se llega a conocer a un hombre por completo — respondió.

—Bien —suspiró él—, en tal caso, ya sólo me queda por entrevistar al último de la lista. Pero mucho me temo que sea como los otros, tan escurridizo y... Tú ya me entiendes...¿verdad?

—Nunca lo admitirán. Además, sin pruebas, ¿quién podría acusarles? —Julia forzó una sonrisa de circunstancias—. Creo que debiéramos marcharnos, Budd.

Baxter se puso en pie.

—Tú mandas —dijo—. ¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, pero tengo mi chófer. ¡Ah!, pasado mañana daré día

libre a la servidumbre. Ven a... tomar el té conmigo.

—Si no tengo compromisos, iré —prometió él.

Abandonaron el rincón donde había estado bebiendo y se dirigieron hacia la puerta que conducía a la sala de espectáculos. De pronto, Baxter vio aparecer al hombre que vigilaba el despacho de Rawson.

Baxter se preocupó, súbitamente. En la cara del individuo había una expresión de pánico.

—Algo ha sucedido —murmuró.

—¿Cómo? —dijo Julia.

En aquel instante, el centinela llegaba junto a Dull. Baxter vio que la cara de Dull se demudaba horriblemente.

—No puede ser —dijo.

—Sí —confirmó él centinela—. Acabo de verlo. Está muerto. Baxter se acercó a la pareja.

—Algo sucede —dijo. Dull le miró fijamente.

—Si no le hubiera visto aquí todo el rato...

De súbito, Baxter comprendió la verdad.

—Rawson ha sido asesinado —exclamó.

—Así es —corroboró Dull.

* * *

Baxter se levantó temprano por la mañana, a pesar de haberse acostado bastante tarde. Mientras sorbía una taza de café, leyó en el diario la información sobre el asesinato de Rawson.

La muerte se había producido a consecuencia de una puñalada en el corazón. El arma mortal era la misma que había sido usada con dos personas más: un estilete largo y delgado, de sección triangular y anchura máxima de dos centímetros junto a la empuñadura.

El asesino, especulaba la Policía, debía de conocer bien la topografía del Scorpio´s, ya que había entrado por la puerta secreta que daba al lavabo y de aquí al despacho de la víctima. En esta ocasión, no se había oído ninguna frase relativa a la Muerte, ya que el crimen había sido descubierto casi una hora después de su ejecución. Los investigadores, hasta el momento, no habían encontrado el menor rastro. Como en los dos casos precedentes, el asesino, debía de haber utilizado guantes, por lo que no había huellas dactilares que permitiesen una posible identificación.

El periodista sacaba a relucir, también, la historia de Stella Kayn. Había conseguido,

Dios sabía cómo, una fotografía de Sandra, y figuraba en la información, mencionando la venganza de la muchacha, bajo un epígrafe harto significativo: LA BELLA Y LA MUERTE.

Sí, era un título acertado, reconoció, pero en su fuero íntimo tenía la seguridad de que

Sandra no había cometido ninguna de las muertes que la achacaban.

Parte de la mañana fue dedicada, por Baxter, a una especie de examen de lo que había realizado hasta el momento. Había trazado un esquema de sus actividades, incluyendo todos los nombres de los que, de un modo u otro, tenían intervención en el caso. Cuando terminó, encendió un cigarrillo y contempló su obra pensativamente.

Al cabo de unos minutos, se levantó y anunció a su criado que iba a salir.

—No sé cuándo volveré, Tim; de modo que puedes tomarte, libre, el resto de! día.

—Gracias, señor.

Media hora más tarde, Baxter se hallaba ante la puerta de un apartamento. Cuando se disponía a llamar, creyó oír unos ruidos extraños en el interior.

Tanteó el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave, por lo que empujó un poco. Un jarrón cayó al suelo y se quebró ruidosamente. A los oídos de Baxter llegaron unos gemidos sofocados.

Abrió un poco más, respingó al ver dos cuerpos tendidos en el suelo. Dutch Harras y Tad Billings yacían maniatados con tiras de cinta adhesiva, que también había servido para taparles la boca. Los ruidos de lucha procedían de la habitación del fondo.

—Bueno, ya está lista —dijo alguien.

—Deja, yo me encargaré —sonó la voz de Fraley.

Baxter avanzó de puntillas. Ai asomarse por la otra puerta, vio una escena singular.

El dormitorio de Nell Dennison era una pieza de lujo, grande, dividida en dos planos, cuya diferencia de nivel era, aproximadamente, de un metro. En la parte más baja había una especie de salita íntima, mientras que la cama, enorme, con un gran dosel, se hallaba en la otra sección, protegida en parte por una historiada barandilla de hierro forjado, decorado en blanco y oro y con el pasamanos forrado de terciopelo rojo oscuro.

Nell estaba en pie, de espaldas a la puerta, completamente desnuda, con las manos atadas a dos de los hierros, de tal modo, que venían a quedar un poco más altas que su cabeza. A pesar de su situación, no decía nada, lo que hizo suponer a Baxter que había sido amordazada.

En la misma estancia había tres hombres. Uno de ellos tenía en la mano derecha una ancha correa de cuero, con la que se disponía a azotar la blanca espalda de la prisionera.

A su derecha, Baxter vio un paraguas enrollado. Le hubiera gustado disponer de algo más sólido, ya que se trataba de un paraguas de señora, pero, era preciso conformarse con lo que se tenía a mano.

En el momento en que la correa se levantaba en el aire, Baxter tosió ligeramente, para llamar la atención de los tres individuos.

CAPÍTULO XI

Fraley detuvo su gesto, en el acto, a la vez que se volvía, lo mismo que sus secuaces. Baxter les miró sonriendo.

—¿Interrumpo su diversión? —preguntó.

Fraley guardó silencio durante un segundo. Luego hizo un gesto con la cabeza.

Entonces, Mallory y Rafe avanzaron a una hacia él, muy truculentos. De pronto, Rafe metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una pesada automática.

Antes de que terminase el gesto, la punta de un paraguas había perforado su mejilla izquierda, bajo el pómulo. Rafe saltó hacia atrás, chillando como un poseído. Del agujero circular, semejante a un balazo aunque menos profundo, empezó a manar la sangre de inmediato.

Mallory dio un respingo. La punta del paraguas apuntó a su ojo izquierdo. Lleno de terror, retrocedió vivamente, mientras trataba de sacar la pistola. Baxter se tiró a fondo y le pinchó en el estómago. El sujeto se dobló agónicamente sobre sí mismo. Con la mano izquierda, Baxter le golpeó en la nuca y Mallory rodó sin conocimiento.

De pronto, con el rabillo del ojo, Baxter vio que Fraley se le echaba encima. El paraguas se movió horizontalmente y en semicírculo, de revés, golpeándole en la mejilla derecha.

Fraley se tambaleó, jurando obscenamente. Secretamente complacido, Baxter comprobó que el paraguas era más resistente de lo que parecía. Sin embargo, se partió al segundo golpe, aplicado ahora sobre la cabeza del sujeto.

Pero Fraley no había perdido todavía el conocimiento, aunque sí la iniciativa. La correa silbó estérilmente en el aire y Baxter se la arrebató de un manotazo. Luego, los dedos juntos y rígidos, dirigió un seco golpe a la tráquea de su adversario. Fraley, gorgoteando palabras ininteligibles, con las manos en la garganta, se arrodilló en el suelo, absolutamente desinteresado ya de la lucha. En cuanto a Rafe, se hallaba dedicado en exclusiva a su herida.

Lo primero que hizo a continuación fue despojar a los hampones de sus armas. Luego soltó a Nell.

—Me has librado de una buena —dijo ella, después de que

Baxter, con gran delicadeza, le hubo quitado el esparadrapo que cubría su boca—. Esos hijos de...

—Anda a vestirte; hablaremos más tarde —cortó Baxter.

Momentos después, Fraley y sus secuaces abandonaban ignominiosamente el apartamento de Nell. A continuación, Baxter empezó a desatar a Harras y Billings.

—Nos sorprendieron... —empezó a decir el primero.

—Por eso se van a marchar de aquí con viento fresco. ¡Ahora mismo! —ordenó Baxter con acento que no admitía la menor réplica.

Cuando los dos sujetos hubieron abandonado el apartamento, Baxter cerró con doble vuelta de llave. A continuación, se dirigió hacia el dormitorio de Nell, quien salía en aquel momento del cuarto de baño, anudándose el cordón de la bata.

—Hasta hoy no creía en los milagros —rió la mujer—. ¿Qué puedo hacer por ti, Budd?

—Nell, celebro que hayas sacado la cuestión a relucir, porque, precisamente, había venido a pedirte ayuda.

—Haré lo que me pidas, te lo juro.

Mientras hablaban, Baxter había puesto whisky en sendos vasos, con algunos cubitos de hielo. Entregó uno a Nell y tomó un sorbo del suyo.

—¿Qué pretendía Fraley? —preguntó.

—Eliminarme —respondió Nell en el acto.

—¿Es de la competencia?

—Quiere mi negocio...

—Déjalo que se lo lleve. Es un hampón de tres al cuarto, y acabará mal algún día.

—Dijo que iba a darme una lección que no olvidaría jamás —murmuró Nell pensativamente. Se estremeció—. Todavía siento frío cuando me acuerdo de la correa Si no hubiera sido por ti, ahora tendría la espalda en carne viva...

—Será mejor que lo olvides —dijo Baxter—. Y ahora, por favor, ¿quieres prestar atención?

—Habla —indicó ella.

Baxter lo hizo durante algunos minutos. Al terminar, Nell preguntó:

—¿Cuándo?

—Te avisaré. Aún tengo que hacer algunas cosas. ¡Ah! Esta tarde, mañana a más tardar, recibirás un paquete. Pruébate la prenda que hay debajo. Pero antes de seguir adelante, quiero que te lo pienses bien.

—Ya me lo he pensado —sonrió Nell—. Lo haré tal como tú me lo has dicho. Baxter se acercó a la pelirroja y la besó en una mejilla.

—En el fondo, creo que no sirves para capitanear una banda de extorsionistas. Tuviste algunos éxitos iniciales, pero, a la larga, habrías fracasado.

—Quizá tengas razón...

—La tengo. ¡Adiós, Nell!

El resto del día, Baxter lo dedicó a una actividad frenética, que sólo se redujo a las siete de la tarde, cuando llamó a la puerta de una casa, situada al otro lado del East River.

Una doncella de edad media y gesto adusto abrió a los pocos instantes. Baxter le entregó una tarjeta de visita.

—Tenga la bondad de anunciarme al señor Bens —pidió.

—Bien, señor.

* * *

Los menudos ojillos de Harry Bens contemplaron con gran recelo a su visitante.

—Creo haberle dicho ya cuanto sabía —rezongó Bens de mal

talante.

—Quizá se me quedaron algunas preguntas en el tintero —sonrió Baxter— Por ejemplo, ¿cree usted, sinceramente, que Sandra es la asesina de sus antiguos socios?

—¡Demonios! ¿Quién, si no, podría haberlo hecho?

—Deberíamos fijarnos en un detalle, común a las muertes de Pickett y de Hickford, aunque no se produjo en el caso de Rawson. Los dos primeros dijeron que habían sido asesinados por la Muerte. Rawson, si vivió algunos segundos después de la puñalada mortal, no lo comunicó a nadie, por la sencilla razón de que hasta casi una hora más tarde, no se supo que estaba muerto.

—Si, lo sé, pero ¿qué tiene eso que ver...?

—Tanto Pickett como Hickford vieron a la asesina, porque hemos de suponer que lo hizo una mujer. Pero, en tal caso, ¿por qué no mencionaron el nombre de Sandra?

Bens se encogió de hombros.

—Y yo qué sé... —De pronto, metió la mano en un cajón y sacó un revólver—. Estoy preparado, ¿comprende?

—Una precaución muy útil —sonrió Baxter—. Ustedes conocían a Hendricks. Le robaron doscientos mil dólares. ¿Tenía alguna relación con Alex Hartman?

—Alguna vez hicieron negocios juntos, pero no habían formado una sociedad definitiva. De todos modos, quiero que sepa una cosa: Hendricks nos había estafado. Aquel dinero nos pertenecía...

—Y, para recuperarlo, ¿era preciso que cometieran semejante salvajada con su hijastra Stella?

Bens saltó en su asiento.

—¿Corno? —exclamó—. ¿Stella era su hijastra?

—¡Ah!, pero... ¿no lo sabía?

—Le aseguro que siempre creímos que se trataba de su secretaria. El jamás mencionó nada al respecto. Claro que la vimos muy pocas veces...

—Y la última vez que la vieron, murió de una manera repugnante. En verdad, se merecían la venganza de Sandra.

Bens empezó a sudar.

—Más de una vez he pensado en aquel horrible día Ahora daría una brazo por…

—Quizá ya es tarde para el arrepentimiento, Harry. El gordito se espantó.

—¿Quiere eso decir que... estoy condenado a muerte? —preguntó, con la frente inundada de sudor.

—Por supuesto, yo no soy el autor de los crímenes, ni puedo tampoco garantizarle que vaya a librarle de un serio percance. Pero usted, si tan arrepentido se siente, puede ayudarme mucho.

—¿Cómo? —preguntó Bens.

—De una forma muy sencilla: contestándome a todas las preguntas que le haga y con el mayor número posible de detalles. Por indiscreta que le parezca una pregunta, por desagradable que la encuentre, si conoce la respuesta, deberá dármela, sin ambigüedades ni evasivas. ¿Está bien claro?

Bens saco un pañuelo para enjugarse el abundante sudor de la frente Luego hizo un gesto de aquiescencia:

—Empiece —dijo.

Una hora más tarde, Baxter abandonó la residencia del sujeto, bastante satisfecho de lo conseguido. Al día siguiente por la mañana, se vistió con gran elegancia y, en el «Cadillac», conducido por Tim, debidamente uniformado, se encaminó a una oficina legal.

Una secretaria, de agradable aspecto, fe preguntó por los motivos de su visita. Baxter sacó una tarjeta del bolsillo de su chaleco.

—Por favor, entréguesela al señor Mowbry —rogó.

—Bien, señor.

La secretaria desapareció de. su vista, para reaparecer a los pocos minutos.

—Tenga la bondad, señor Baxter...

El visitante cruzó el espacio que había hasta el des pacho del consejero legal y atravesó el umbral de la puerta. Sheldon P. Mowbry le miró inquisitivamente por encima de sus antiparras.

—A usted le conocí en la residencia de la señora Hartman —dijo. Baxter sonrió.

—Celebro su excelente memoria, abogado —contestó—. Y debo decirle que siento un gran placer al verle de nuevo, además del lógico agradecimiento por haber accedido a recibirme.

—Es usted muy amable, señor Baxter. Siéntese, por favor y... ¿Un cigarro? ¿Whisky? —sugirió Mowbry, obsequiosamente.

—Muchas gracias. Por ahora, no deseo tomar nada. Únicamente quiero hablar con usted de cierto asunto... en el que estuvo involucrado, años atrás, un tal Hendricks.

La mención de aquel nombre borró en el acto la cortés sonrisa de Mowbry.

—No creo que esto le interese nada —respondió secamente. Baxter miró de hito en hito a su interlocutor.

—Por el contrario, me interesa muchísimo —afirmó—. Y a usted también, si quiere verse libre de un serio compromiso.

Sobrevino un momento de silencio. Mowbry se había puesto pálido. Baxter aguardaba, con una ligera sonrisa en los labios.

Al cabo de unos segundos, el abogado dijo:

—Sí, creo que me conviene decir todo lo que sé, señor Baxter.

CAPÍTULO XII

Una luz se apagó en el edificio, luego otra y otra, hasta que sólo quedó una encendida. Al cabo de un cuarto de hora, esta luz se apagó también y, a los pocos minutos, un hombre salió por una puerta lateral, se encaminó a su automóvil y abandonó el lugar sin pérdida de tiempo.

Oculto en las sombras. Baxter dejó pasar todavía unos minutos. Al fin, cuando estuvo seguro de poder actuar sin problemas, abandonó su escondite y se dirigió hacia la puerta lateral, que no tardó mucho en abrir, a pesar de no tener la llave.

En la mano llevaba una diminuta linterna, tan delgada como un lápiz, con la que se alumbró el camino que conducía al piso superior. Sin hacer el menor ruido, llegó al primer piso y se detuvo ante otra puerta, ésta no cerrada con llave, y que abrió sin más dilación.

Baxter vestía enteramente de negro y llevaba guantes en las manos. Cerró a sus espaldas y, con la linterna, exploró las ventanas. Las cortinas estaban descorridas, pero él las corrió, a fin de poder utilizar las luces del despacho. Entonces, inició el registro.

Una hora más tarde, encontró algo que le hizo sonreír de satisfacción. Durante unos segundos, contempló la máscara de finísima goma, que reproducía exactamente las facciones de una calavera. Por curiosidad, se la probó, hallando que le encajaba a la perfección. Fue al lavabo y se miró al espejo. Casi dio un respingo.

—¡Demonios! ¡Me estoy asustando a mí mismo! —exclamó alegremente.

Al cabo de unos segundos, se quitó la máscara y la dejó en el mismo sitio que la había encontrado. Procuró borrar todas las huellas de su paso y abandonó el lugar, con el mismo sigilo que a su llegada.

Una hora más tarde, enormemente satisfecho, se metía en la cama. No tardó mucho en quedarse dormido como un angelito.

* * *

El impecable mayordomo abrió la puerta y se inclinó levemente ante el visitante.

—Señor... La señora está en la terraza —indicó. Baxter atravesó desenvueltamente el umbral.

—Gracias —dijo.

Julia se puso en pie al verle llegar y le entregó las dos manos, que Baxter besó sucesivamente. Ella vestía, ahora, una especie de túnica de flotantes velos azules, con la espalda al descubierto. Estaba realmente encantadora y así se lo dijo Baxter.

—Tú me miras con buenos ojos...

—Con ojos devoradores —rió él—. ¿Tienes algo de beber?

—Claro, Budd, te veo una expresión de contento... Sin duda, traes buenas noticias.

—Sí. He encontrado a Sandra.

Julia se detuvo con la botella todavía en alto.

—Pero... ¡es maravilloso! —exclamó—. ¿Dónde está?

—Calma, ya la verás —sonrió Baxter—. Anda, lléname la copa.

Julia obedeció. Al entregar la copa a su visitante, le miró con ansiedad.

—Vamos, habla —pidió.

El mayordomo apareció, de pronto, en la terraza.

—Señora, el señor Crowleigh —anunció. Julia hizo un gesto de enojo.

—Ahora no puedo... Está bien —rectificó en el acto—. Reid, dígale que aguarde en la biblioteca.

—Bien, señora.

Atardecía ya y las luces de la terraza brillaron de súbito, cuando el mayordomo accionó el interruptor. Julia y Baxter volvieron a quedar solos.

—Bien, ¿dónde está Sandra? —preguntó ella, muy impaciente.

—¿Por qué no me acompañas a la biblioteca, querida? Julia le miró con extrañeza.

—Budd, ¿qué te propones? —exclamó.

—Ven y lo verás. Pero, por favor, guarda silencio hasta que te lo indique, ¿entendido?

—Me estás poniendo nerviosa —se quejó la dueña de la casa.

—Calma, calma... —rogó Baxter.

Atravesaron el salón y llegaron al espacioso vestíbulo. Baxter se dirigió a la puerta que daba a la biblioteca y apoyó una mano en el picaporte. Antes de abrir, sin embargo, se puso el índice sobre los labios, a la vez que miraba fijamente a su bella anfitriona.

Julia asintió. Baxter, en voz muy baja, añadió:

—Veas lo que veas, guarda silencio. ¿Estamos?

—Sí, Budd.

Baxter abrió la puerta. Entonces, Julia, pasmada, vio a una mujer de espaldas, frente a una de las grandes ventanas de la biblioteca, muy entretenida, al parecer, en la contemplación de lo que había al otro lado. La cabellera de la mujer parecía un casco de oro.

De repente, un hombre surgió, armado con un puñal. Su mano se levantó y el arma bajó hacia la espalda de la mujer, que se tambaleó al recibir el golpe. Sin embargo, no cayó, sino que saltó a un lado, mientras su atacante, atónito, se quedaba unos segundos sin saber qué hacer.

—Le ha faltado un detalle, señor Crowleigh —dijo Baxter—. Debió ponerse la máscara que simula una calavera.

Crowleigh se volvió, pálido de ira. En el mismo instante, la rubia se volvió, también. Julia gritó:

—¡Esa no es Sandra!

* * *

Baxter empujó suavemente a Julia y cerró la puerta.

—No, no es Sandra —admitió—. ¡Hola, Nell!, ¿te ha hecho mucho daño?

—Si no es por el chaleco blindado que me enviaste, ese tipo me atraviesa el corazón — contestó la pelirroja, que ahora se había teñido el pelo de rubio—. Pero yo pensé que iba a usar una pistola. ¿Qué habría pasado si se le ocurre degollarme?

—No era su estilo —sonrió Baxter—. Nell, por favor, apártate a un lado.

—Sí, con mucho gusto.

Crowleigh permanecía aún en su sitio, con el puñal en la mano. Su rostro era una máscara de odio infinito.

—Me ha engañado —dijo rencorosamente.

—De modo que quería matarla —contestó Baxter—. No le duele el error, sino el engaño, ¿verdad?

Crowleigh trató de rehacerse y enderezó el cuerpo.

—Está bien. No puede acusarme de nada. Yo diré que sólo quería gastar una broma a esa mujer.

—Lo malo es que la policía llegará a identificar ese puñal como el arma que sirvió para matar a tres personas, sin contar la muerte de Lisbeth Sheen, muerta a balazos. Pero el revólver que utilizó está, también, en su despacho y será otra prueba contra usted.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Crowleigh.

—Anoche hice una incursión en su despacho y encontré la máscara con la que usted se hacía pasar por Sandra..., es decir, por una mujer que era la Muerte. Y también encontré el revólver, pero lo dejé todo allí, a fin de que lo encuentre la policía, a la que he avisado convenientemente, poco antes de salir hacia esta casa.

Crowleigh se puso lívido.

Implacable, Baxter prosiguió: .

—Usted me engañó desde el primer momento. No niego que se

hubiese enamorado de Sandra, pero había algo que atraía mucho más su atención: el millón de dólares en bonos bancarios al portador, que Hendricks había depositado en una caja fuerte. Sin embargo, mientras Sandra estuviese viva, no podría conseguir esa fortuna. Pero había desaparecido y usted no sabía dónde encontrarla.

—Budd, ¿es cierto todo lo que estás diciendo? —preguntó Julia.

—Absolutamente cierto —confirmó el interpelado, sin quitar la vista de Crowleigh—. De pronto, ese hombre se enteró de la existencia de un millón de dólares en alguna parte y decidió quedárselos. Pero no podía hacerlo solo y se buscó la ayuda de un cómplice.

—¿Quién, Budd? —inquirió la dueña de la casa, ávidamente.

—Calma, Julia, ya lo sabrás! Cuando Crowleigh se enteró de que en alguna parte había un millón de dólares, que pertenecía a la que hasta hacía poco había sido su cantante, se acordó también de la venganza que Sandra había prometido ejecutar, algún día, en los asesinos de su hermana. Sandra cargaría con los crímenes y cabía la posibilidad de que alguien la encontrase y le diese muerte para evitar ser asesinado. Pero nadie la encontró..., aunque usted estuvo a punto de conseguirlo, cuando Lisbeth, a la fuerza, le dio la dirección de la cabaña de Maccony Bluffs. Sin embargo, Sandra había sido avisada previamente por Lisbeth y abandonó aquel lugar, al que se había retirado para proseguir sus estudios de canto, antes de que usted llegase hasta allí. Bens y Rawson todavía estaban vivos; el primero aún vive, por fortuna para él, pero cualquiera de los dos podía cargar con la muerte de Sandra, si usted llegaba a localizarla, cosa que, por fortuna, no sucedió. Por tanto, decidió seguir con los crímenes y, entrando por la puerta reservada del Scorpio´s, asesinó a Rawson.

Baxter se volvió hacia Julia.

—La noche en que gané tres mil dólares a la ruleta —añadió, sonriente.

Julia asintió.

—Lo recuerdo muy bien —contestó—, Pero, dime, en el caso de Pickett, todo el mundo pudo ver que se trataba de una mujer, una tal Annie Smith, si mal no recuerdo.

—En efecto. Annie Smith asistió a la fiesta, sin que nadie la hubiese invitado. Vestía un traje negro, largo, muy escotado por la espalda. En uno de los momentos de la velada y cuando se dio cuenta de que había conseguido llamar la atención de Pickett, se retiró a un lugar oscuro y alejado de la multitud de invitados. Pasó al otro lado de unos arbustos... y se escondió, mientras Crowleigh, vestido exactamente igual, pero con la máscara de la calavera, ocupaba su puesto. Pickett se acercó a la hermosa mujer, ésta se volvió... y resultó que era la Muerte. Mientras, Annie Smith se unía a los

invitados y luego desapareció discretamente, sin que nadie la relacionase con el crimen. Claro que en las dos ocasiones siguientes no pudieron utilizar el truco, pero los resultados fueron los mismos. Hickford y Rawson murieron asesinados por la Muerte. Ahora bien, en el caso de Rawson, Annie Smith estaba en las inmediaciones, presta a actuar si era necesario.

—¡Fantástico! —exclamó Julia—. Pero ¿quién es esa Annie Smith?

—Tú —respondió Baxter.

En el rincón opuesto, Nell Dennison se tapó la boca con una mano para no gritar. Julia quedó mirando con hipnótica fijeza a Baxter.

—Estás de broma, Budd —dijo, al cabo. Baxter volvió sus ojos hacia Crowleigh.

—Por favor, dígale que no miento —pidió.

Crowleigh guardó silencio. Pero era un silencio más acusador que las mismas palabras.

* * *

—Llegaste a enterarte, quizá por tu propio esposo, amigo de Hendricks en tiempos, de que había un millón en bonos bancarios —prosiguió Baxter al cabo de unos instantes—. Pero Sandra, sorprendentemente, no lo sabía, porque estaba distanciada de su padrastro, a quien juzgaba, en parte, culpable de la muerte de Stella, hecho que no se hubiera producido si los negocios de Hendricks hubiesen sido totalmente lícitos. Un hombre que trabaja dentro de la legalidad, usa cheques y no suele tener doscientos mil dólares en su caja fuerte, cosa que fue la perdición de la pobre Stella. Hendricks conocía la antipatía que Sandra sentía hacia él y por dicha razón le ocultó la existencia del dinero. Pero, legalmente, aun siendo su hijastra, ese dinero pertenece a Sandra, porque su madre lo heredó del difunto Hendricks y ella, a su vez, es heredera de su madre. Tú querías conseguir el dinero y la mejor forma de apoderarse de esa fortuna era eliminando a Sandra.

«Entonces, fue cuando ella, inopinadamente, abandonó el Sweet Melody, sin razón aparente, pero, en realidad, porque quería dedicarse, a fondo, a estudiar canto. Sandra se marchó a la cabaña de Maccony Bluffs y allí estudiaba, cantaba, grababa sus lecciones, las enviaba por correo a la profesora y ésta se las devolvía, con las correcciones pertinentes. Sí, Sandra estorbaba y, era preciso aprovecharse de la frase pronunciada diez años antes, cuando Stella murió asesinada. Pero el tiempo suaviza el dolor y elimina rencores. Sandra no era mujer capaz de ejecutar una venganza tan atroz, aunque eso no podía saberse con certeza. Y, a decir verdad, tenía

todos los motivos del mundo para vengarse de los asesinos de su hermana. Si luego moría violentamente, a su vez, alguno de los asesinos podía cargar con la culpa... y el millón de dólares hubiera sido para ti y para Bert, aparte de la comisión que Mowbry hubiera recibido por traicionar a su cliente. Yo era el tipo ideal para ti, porque mientras buscaba a Sandra, tu misma petición de que la encontrase te ponía a cubierto de sospechas.

Julia hizo un esfuerzo para hablar:

—Con tu fantasía, podrías haber escrito Las mil y una noches —dijo sarcásticamente—.

¿Por qué habría de querer ese dinero, si me sobra...?

—Si te sobrase, no habrías ideado ese plan. ¿Crees que Mowbry no me ha informado del desastroso estado actual de tus finanzas, con esta casa hipotecada hasta el tejado? Ni siquiera una brizna de hierba del jardín es tuya. Quisiste imitar al difunto Hartman, sin pensar en que, para jugar a la Bolsa y, aunque alguna vez se acierte, son precisos muchos años de experiencia. Eso es lo que te ha llevado a la catástrofe, Julia, y por ello calculaste que el millón de dólares podría salvar tus maltrechas finanzas.

—Mowbry ha sido un traidor...

—Lo ha sido, cierto, porque llegó a la conclusión de que se había metido en un buen jaleo. Una cosa es estafar a una cliente y otra, muy distinta y peligrosa, es convertirse en cómplice de unos asesinos. Por eso habló, cuando fui a verle.

—Pero ¿cómo sospechaste de nosotros?

—Ninguno de los dos mencionó jamás el seudónimo que Sandra utilizaba en el Sweet Melody. Pero, además, las puñaladas, una y certera en cada caso, habían sido asestadas por una mano fuerte, no la de una mujer que, como tú, apenas hace otro ejercicio que levantarse de la cama, tomar algunas copas durante el día y remojarse en la piscina, sin demasiado entusiasmo. Eliminando posibles culpables, entre los cuales figura Fraley, antiguo conocido tuyo, pero un vulgar hampón, llegué a la conclusión de que Crowleigh tenía que ser el asesino. Cuando conocí a Fraley, recuérdalo, le habías pedido que te pagase la deuda de veinticinco mil dólares. Eso me hizo pensar que tus finanzas no eran demasiado sólidas y Mowbry lo confirmó.

Julia señaló a la otra mujer con la cabeza.

—Ella no es Sandra..., pero ¿dónde está? Baxter sonrió maliciosamente.

—Sé dónde está pero aún es pronto para que lo sepas —contestó—. Ya te enterarás a su debido tiempo.

Julia se encogió de hombros.

—De todas formas, poco me importa —contestó—. Yo no he

tocado el pelo de la ropa a ninguno de los muertos. Nadie puede probar que haya tenido la menor relación con esos crímenes.

De súbito, Crowleigh lanzó un ronco aullido de furor.

—Yo... yo voy a pagar... después de que tú me empujaste...

Gritó otra vez y se precipitó contra Julia, de cuya garganta se escapó un chillido de terror. Baxter quiso intervenir, pero, sorprendido por la inesperada acción del asesino, llegó tarde.

El estilete se hundió una vez, dos, tres... en el pecho de Julia. Crowleigh parecía un demente. En el rincón, Nell, aterrada, se tapaba la cara con las manos.

Al fin, Baxter tuvo que recurrir a métodos expeditivos para reducir al asesino, que seguía apuñalando sañudamente a su víctima. Situándose detrás de Crowleigh, le golpeó simultáneamente con los filos de ambas manos bajo las orejas. Crowleigh perdió el conocimiento instantáneamente y se desplomó sobre Julia, quien yacía en el suelo, en medio de un lago de sangre.

Baxter inspiró con fuerza.

—Voy a llamar a la policía —anunció—. Tú eres testigo de lo sucedido, Nell.

—Sí —contestó la aludida.

* * *

El concierto resultó un éxito apoteósico y la cantante hubo de saludar innumerables veces, en respuesta a las estruendosas ovaciones con las que el público premiaba su labor. Al fin, el telón se bajó definitivamente y los asistentes empezaron a abandonar el Carnegie Hall.

La cantante, que ya se presentaba con su auténtico nombre, Sandra Kayn, recibió numerosos ramos de flores. Uno de ellos había sido enviado por Budd Baxter quien, en agradable compañía, acudió, más tarde, al camerino donde Sandra se disponía a cambiarse de ropa.

Baxter y Nell aguardaron a que se hubiese marchado la gente que invadía el camerino y en el que, al final, sólo quedaba Laura della Francesca. La profesora de canto, tras las oportunas presentaciones, miró maliciosamente a Baxter.

—Estoy por apostar algo bueno, a que usted supo siempre que mi supuesta sobrina

Paola Cavanni era Sandra —dijo.

—Entonces, no se me ocurrió sospechar de su sobrina —sonrió Baxter—. La caracterización era perfecta, aunque debo reconocer que usted también tiene experiencia sobre el particular. Sí, francamente, creí que era su sobrina.

—Entonces, ¿cómo lo supo?

—Mi oído no es malo del todo y encontré cintas grabadas en la cabaña de Maccony

Bluffs. La voz era la misma que había oído en su estudio, señora della Francesca.

Laura se echó a reír. Sandra salió del biombo, en aquel momento.

—Pero no dijo nada —manifestó—. ¿Por qué?

—Ya la había localizado y sabía que era un escondite perfecto el de la casa de su tía. Lo que me interesaba, de veras, era encontrar al asesino que se hacía pasar por usted y evitar que siguiera comprometiéndola.

—Hay algo que no entiendo... ¿Por qué usaron la máscara de la calavera?

—No podían reproducir sus facciones, sencillamente. Por eso decidieron recurrir al truco de la calavera. Tarde o temprano, se sabría que usted había declarado, en cierta ocasión, sus deseos de venganza...

—Fue un arranque juvenil —suspiró Sandra—. Pero, en realidad, jamás sentí verdaderos deseos de ejecutar lo que había prometido.

—Así vivirá mucho mejor en lo sucesivo —profetizó Baxter. Se inclinó y besó la mano de la muchacha—. Ciertamente, tiene usted una voz de ángel.

Sandra, halagada, sonrió; Momentos más tarde, Baxter y Nell salían a la calle.

—Tengo algo para ti —dijo él. Sacó un rectángulo de papel y se lo enseñó a su hermosa acompañante—. Me lo ha dado Sandra. Dice que tu intervención en el caso, fue muy positiva. A fin de cuentas, no podemos olvidar que ha conseguido un millón de dólares. Pero creo que su triunfo le agrada infinitamente más que todas las riquezas del mundo.

Nell leyó la cifra escrita en el cheque y estuvo a punto de desmayarse.

—Diez mil...

—Sí, preciosa.

Ella reaccionó en seguida.

—Budd, si Julia estaba arruinada, ¿por qué te pagó cinco mil dólares?

—Ese fue otro de los extremos que me hicieron sospechar. Tardé algunos días en cobrar el cheque, es decir, ingresarlo en mi cuenta. Me llamaron del Banco y me dijeron que se habían demorado unos días en acreditarlo en mi cuenta, porque el librador del cheque, es decir Julia, tenía la suya al descubierto. Luego se puso al corriente,

pero fue porque Crowleigh le hizo un préstamo. Aún no había cobrado la deuda de Fraley, ¿comprendes?

—Sí, perfectamente.

De pronto, Baxter se dio cuenta de que Nell llevaba un vestido muy cerrado, sin el menor escote. Lo había visto al ir a buscarla, para asistir al concierto, pero no le había concedido importancia al detalle. Ahora, sin embargo, le extrañaba el atavío de la hermosa pelirroja.

—¿Por qué llevas ese vestido? —preguntó.

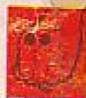
—Es que... debajo está el chaleco blindado... y no sé quitármelo...

Baxter se echó a reír. Agarró el brazo de su acompañante y la empujó hacia el automóvil.

—Creo que yo podré hacerlo —dijo—. Si me permites ayudarte, claro.

—Con muchísimo gusto —respondió Nell.

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES





**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:**

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España